

# *Unsatisfaction*

## Joni Mitchell, Joan Baez, Patti Smith

de Matilde Acevedo

### 1

#### **Dulce ángel virginal, dulce amor de mi vida**

\*

Un sonido me interrumpe y abro los ojos. ¿Un murmullo?, ¿un silbido?, ¿qué era? Despego la cabeza del piso. Miro a la derecha. A la izquierda. Mantengo el abdominal. Giro la cabeza para ver detrás de mí. Es mi mamá, está sentada en una silla en la terraza. Canta mirando el atardecer.

No sé cuánto llevo acostada. Empecé meditando (dizque *shabassana*, la postura del cadáver), me morí, me dormí, no sé qué pasó. Intento levantarme. Volteo mi cuerpo hacia la derecha y me arropo en posición fetal, estiro los pies y los brazos, luego pongo la mano izquierda sobre el suelo, luego el antebrazo derecho, apoyo rodilla, apoyo un pie, apoyo el otro pie, mis rodillas me van alzando, remonto vértebra por vértebra hasta quedar parada. Avanzo hacia la terraza como si fuera un Dios, decidida y musculosa, como si toda la parsimonia del mundo se me hubiese transferido. Ahora ando firme, sin que mis brazos o cualquier extremidad se balancee. Voy lento y controlo cada movimiento, como si fuera un hombre desnudo y azul, calvo, fuerte, radiante: una estrella en movimiento que se dirige a la terraza.

La luz del sol pega directamente sobre mí y me imagino brillante, enceguecedora, pero realmente la ciega soy yo con esta luz y apenas puedo ver a mi mamá. Alcanzo a apreciar el contorno perfilado de una persona sentada, con audífonos puestos (de esos que rodean a la oreja entera y no pierden la oportunidad de hacerse ver), pelo largo, oscuro, y capul. Está en una de las sillas de madera de la terraza y se escurre ligeramente en ella. Se escurre lo suficiente para seguir siendo una persona adulta y seria y no un niño de seis años adicto a las *tablets*.

Llego a la terraza, soy persona de nuevo, y me recuesto en la amadora. Siempre me gusta mecarme aquí. Chun, chan. Chun. Chan. Chun, chun, chuuun, chan.

Mi mamá continúa en la intersección entre tararear, hacer caras, y cantar su música muy probablemente de origen francés –escucho uno que otro *rose*, ¿de verdad mamá, *La vie en rose*? es decir, ¿agarras el *Spotify* por primera vez para escuchar *La vie en rose*, la canción más accesible y memorizada de todos los tiempos?–. Hace poco descubrió los audífonos y el *Spotify*. Ahora dice que es su pasión, que siempre lo ha sido, pero nunca ha podido usarlos.

Me volteo y me quedo mirándola. Nunca he visto a mi mamá así. Nunca, jamás, nunca, la he visto sentarse solo a escuchar música. Nunca la he visto poner música en general, pero aquí está ella, con los ojos cerrados (como si quisiera abrir los oídos), entregando su espíritu y todo lo místico que hay en ella a cada nota del Edith Piaf o el Charles Aznavour que la entretiene. Y lo veo por las caras que va haciendo, hasta puedo escuchar la música: su cara es la partitura. De pronto le sale un murmullo, una voz, una palabra. Me da risa. Está tan inmersa en su concierto que ni siquiera se percata de mi risa, de mi extrañamiento. Nunca he visto a mi mamá así. Nunca la he visto en paz, desacelerada, nunca la he visto hacer algo parecido a hacer nada. Es muy chistosa cuando no hace nada. Baja un cambio apenas me ve. Yo sé que es porque está acostumbrada a sentir que todo lo que ella hace me molesta. Pero no, mamá. Sigue por favor. Sigue para siempre.

*Why do you think there was kind of a fading from the folk?*

*Joan Baez: Well, I think folk is introspective, quiet, thoughtful. And I don't think people wanted to be, nor do they yet want to be again. But when I was 18 years old you looked for a coffee shop, you went in, you hung out and you talked to people and you listened to music that made you think about yourself, and then, a couple years later, it made you think about issues. Now it's really the opposite: you go in to somewhere to obliterate yourself with sound so you don't have to think about anything, that really is mostly what I see going down up and down streets.*

Joan Baez en la entrevista *Rock Influence, Recorded Live 11/4/1984*

\*

La primera vez que oí hablar de Joan Baez fue en el carro de mi ex novio, Trivago. Nuestro noble y virtuoso amor apenas empezaba. Él se rebosaba de ganas de mostrarme todo lo suyo, sus pintores favoritos –Modigliani–, sus músicos favoritos –Bob Dylan–, sus películas favoritas –alguna sobre Modigliani–, sus series favoritas –*Two and a Half Men* y *Californication*, obvio–,

sus dilemas favoritos –¿cómo es posible pintar los ojos de alguien que uno conoce, o peor aún, alguien que uno ama? Eso es “entrar en guerra consigo mismo”–: una verdadera exhibición de su mundo. Yo solo quería escucharlo, y de paso ver si encontraba algún interés, francamente yo no era mucho de intereses o tal vez mucho de nada, había actuado en las obras del colegio y me gustaba cantar, pero pues, a quién no.

Estábamos saliendo de su casa, él me iba llevar a la mía como todo un caballero y yo iba a sonreír y a decirle “esto es algo único” sin parpadear. (Más adelante en la relación Trivago me diría en algún momento que “el carro es el único lugar para escuchar música”, lo que explicaría por qué siempre tenía su repertorio preparado, el equipo sonido y los cables dispuestos, y sus discos organizados de la A-Z, pero no explicaría por qué siempre tenía que ser *su música*). Como estábamos empezando y yo debía conocer lo más básico, lo principal sobre él, digamos que *el primer nivel* de Trivago, entonces el tema de esta velada giraba en torno al único, el primero, el último, el *freewheelin'* Bob Dylan.

Él puso *play* y la música rugió en mi cabeza, atravesando todo mi cuerpo hundido en la silla del carro en una vibración ululante, era una cosa extraña, molesta incluso. No estaba muy acostumbrada a degustar música estadounidense anterior a los Red Hot Chili Peppers, no estaba acostumbrada a las guitarras acústicas que contaban una historia sobre personajes –que nada tenían que ver conmigo, por lo demás– con *punch lines* y repeticiones (así los Red Hot vinieran de eso). Yo había metido todo eso en el saco del género *country* hacía rato, y me parecía aburrido. De Bob Dylan sabía dos cosas: que le gustaba a mi mamá (alguna vez viendo los premios Grammy el hombre apareció detrás de la cortina, cantó una canción y mi mamá me dejó claro con una expresión o un “hm” que era un señor de alta importancia), y que era la razón por la cual Trivago hacía y adoraba la música. Con cada nueva canción que sonaba, Trivago empezaba: “esta canción la escribió muy joven, creo que a los diecinueve años”, “mira, mira, escucha esta línea aquí, es mi favorita”, “no, es que mira esta majestuosidad”, “esto es un tratado de filosofía”. Yo asentía con la cabeza y me reía para complacer. Mostraba interés.

–Ah, claro, él es el de *You're Gonna Make Me Lonesome When You Go* –le dije queriendo estar a la altura, con pretensión y con ganas de demostrar un mínimo conocimiento sobre las cosas. La verdad es que yo conocía esa canción porque Miley Cyrus le había hecho un *cover* en versión pop.

–Ese mismo –contestó con orgullo paternal.

Los postes y los semáforos brillaban como si el arcoíris se juntara en cada uno de ellos, era de noche. La cabeza de Trivago, engrandecida por las proporciones que se manejan dentro de un carro, tapaba el centro de cada luz y creaba un efecto halo que rodeaba su melena negra. Un casco negro contornado por Bogotá me miraba a mí y me cogía la mano izquierda, la que le cogen los pilotos a los copilotos. Parecía Jesús el Cristo, salvo por las gafas, las entradas, el pequeño lunar en el cachete izquierdo, la barba avergonzada de asomarse, los ojos negros, saltones, la nariz puntiaguda –poco favorecedora desde casi todos los ángulos– y el judi (o *hoodie*) de *Aeropostale*. Trivago también era definitivamente más delgado y menos musculoso que Jesús. A ver. Bueno, objetivamente, pues de Jesús no tenía un pelo. Pero yo tenía las gafas puestas y la experiencia pálida.

Más que un compositor, un músico, o un letrista impecable, Trivago veía en Bob Dylan la materialización de su idea del deber ser. Era su señor, su arriba, su fin. Era su Jesús. Si Bob Dylan fuera Uribe, él habría sido de los que salió a rezar por él frente al congreso cuando le abrieron la investigación por manipulación de testigos.

Cuando llegamos a la bahía de mi edificio, Trivago hizo una maniobra automovilística propia de un héroe y se estacionó frente a mi portería de modo que yo solo tuviera que caminar cuatro pasos para entrar. Al estacionarse, luego de agarrar el freno de mano y tirarlo hacia él –probablemente estaba hablando, no sabemos muy bien de qué a estas alturas–, todo en él frenó, como si le llegara una idea.

–Te voy a dar algo.

Yo por supuesto me preparé. Él extendió el brazo detrás de su silla y lo torció para palpar los tapetes del carro y lo que alcanzara a rozar de la silla trasera. De repente se enderezó y trajo ante mí un disco, un DVD.

–Quiero que lo tengas. Es uno de los conciertos tempranos de Dylan. Una cosa de locos.

Abrí los ojos y suspiré como una muñeca. Así, de la manera más espantosa, como se hacía, como se hace, como lo hubiera hecho cualquier pelada en *Tres metros sobre el cielo* o algo por el estilo.

–Sale muy joven. Es Dylan en su esplendor. Además canta con Joan Baez.

–Wow –dije con la jeta abierta, haciéndome la que busca las palabras, yo la elegida.

–Sólo te puedo decir que acepto esto con mucha sensibilidad, porque sé que me estás entregando algo muy profundo de ti –contesté esforzándome por usar bien el lenguaje.

–Mati...no es...es...un préstamo. Algún día me lo devuelves –dijo con la cautela necesaria para que yo no me sintiera por haber pensado que era un regalo. Un instante de silencio estremeció al automóvil. –Con esto te digo que tienes mi vida en tus manos. Cuídalo mucho.

–Ush no, no pensaba hacer menos, esto debe ser muypreciado para ti.

–Sí, lo es. Esto es casi inédito, moví cielo y tierra para tenerlo. Me lo trajo mi prima de New York, es muy difícil de conseguir.

–Bueno, pues lo voy a ver detenidamente. Y de verdad gracias.

–Un regalo solo para mi Mati.

\*

Una taza de arroz integral (impuro, imperfecto) reposa sobre el vaso transparente de medición universal. El aceite descansa en la olla: espera al arroz y a las dos tazas y media de agua caliente, a punto de hervir en la tetera. Suena la tetera, estuvo el agua. Agarro el mango de la tetera, la levanto y siento el peso del agua halando hacia abajo, como si estuviera gritándole a la tierra desde las alturas. Riego el agua caliente dentro de la olla, en lo que se despierta el aceite y empieza a chillar, a borbotear, a afanarse. Agrego sal. Una cucharada...y media. ¿Va el arroz, era? No, no, no, primero el curry. Tengo que sacarlo.

Me apresuro a la alacena. Reviso estante por estante, requisito cada bolsa, cada tarro. Navego más allá de las bolsas de pasta, de los plásticos sobrantes, del cúmulo de empaques olvidados, o de recipientes viejos que guarecen condimentos que usamos con alguna frecuencia y bastante medida. CURRY EN POLVO. Estiro mi brazo con cautela entre el espacio reducido, siento con mi brazo todo lo que acabo de ver, los empaques, nuevos y viejos, los frascos de vidrio y de plástico. Agarro el tarro curry como las garras de una máquina que atrapa peluches. Retiro el brazo con la misma cautela con que entró, ávida de no tumbar nada, en cada rincón hay una torre de Jenga.

Joan Baez. Ella es de Estados Unidos. ¿Pero Baez no es un apellido hispano? No me suena gringo. Sí, Baez no es un apellido gringo. Debería llevar tilde, entonces. En la a.

Descargo el curry sobre el mesón. Lo destapo, me dejo permear por el aroma instantáneo, agarro una cuchara y la sumerjo mansamente dentro del tarro. El metal de la cuchara entra en contacto con el polvo sin dificultad y fluye en él, una barrera muy fina los depara de fundirse el

uno con el otro, hasta que devuelvo la cuchara a la superficie. Una pirámide terracota descansa sobre ella ahora. La echo en la olla.

Báez, ¿no? ¿Será que la gente le pone la tilde?

Agarro la taza de medición donde dormía el arroz, su sueño está liviano, lo siento, y lo riego en el agua, el curry, la sal, el aceite. Se adormece todo con él.

La búsqueda de Google arroja esto:

**Joan Baez - “No fui feliz hasta los cincuenta años...**

**Joan Baez - *Whistle Down the Wind*...**

**Biografía de Joan Baez...**

**Joan Baez – *High Road Touring*,...**

**Joan Baez – *Anti-War Activist, Environmental Activist, Singer*...**

**Joan Baez on Her Next Chapter: “I don’t make history, I am...**

No, como que nadie le pone la tilde. Sin embargo, Báez sí se escribe con tilde en la *a*: según internet, ella es hija de un tal Albert Báez criado en Brooklyn, pero su padre –o sea el abuelo de Joan Báez– es otro Alberto, que sí es Alberto con *o* porque nació en Puebla, México, y al parecer Albert –o sea el hijo de Alberto, o sea el padre de Joan Báez–, aunque llegó a Estados Unidos a los dos años de edad, también nació en Puebla. En fin. Se escribe con tilde.

Eso explica la pronunciación impecable de “Llegó con tres heridas”, o “El preso número nueve”. ¡Habla español! Sí, necesito mi computador, necesito volver a escuchar esas canciones y no con el audio de mi celular, no, con el estéreo de un computador. Perfecto para esperar a que esté el arroz. Lo voy a traer.

Ah. Pero dónde lo pongo. Aquí. ¿O acá?

Abro cualquier espacio, muevo el tarro de curry.

Sin percatarme demasiado, el tarro resiente su reubicación y se inclina al toparse con el borde del mesón. Empieza a acariciarlo cinematográficamente, en cámara lenta, cubre toda su entereza, la del borde, termina con él y sin contacto ya con alguna superficie, el tarro va directo al suelo, sé que va a caer al piso, sé que no hay otra posibilidad distinta a que el tarro se dé de frente con la baldosa, pero deseo afanosamente que sea de plástico, solo por esta vez, que sea como ese

frasquito de miel que le gusta a mi mamá y que cuando se cae, como se me cayó el otro día, una cree que va a estallar en mil pedazos pero suena simple, contundente, suena una sola vez, vacío, inquebrantable. El tarro de curry revienta sin compasión en todo el piso como el chillido de cien pájaros que se callan de repente.

La cocina queda hecha polvo amarillo, mi ropa también, y brillamos las dos con los restos de vidrio, minúsculos, que demandan limpieza y precaución instantáneos.

Llevo dos días y medio buscando canciones originales de Joan Baez. Aparentemente canta canciones ya hechas, ya escritas. Pete Seeger, Simon & Garfunkel, Mercedes Sosa, Los Beatles, Chavela Vargas. Realmente de todo. Muchas de Bob Dylan, de hecho. Tiene un álbum titulado *Baez Sings Dylan*.

*Joan Baez: In something of the combination, in the package that I was in the 60's influenced some people to one extent or another, at least so they tell me as I travel around the world...The Dylan music, the Beatles, the Stones, and I interpreted that, I was in that package somewhere, as an interpreter, not so much as a writer.*

Joan Baez en la entrevista *Rock Influence, Recorded Live 11/4/1984*

Ajá, con que es intérprete. Palabra rara, intérprete.

Puedo contar más de dos altercados por estar usando el *Spotify* desmesuradamente con mi hermana –quien también lo usa desmesuradamente– a cuenta de mi investigación. Tenemos un plan que no permite a dos personas oír música de manera simultánea. Igual a la profecía que el oráculo le lee a Harry Potter sobre él y su archienemigo Lord Voldemort: “ninguno de los dos podrá vivir mientras el otro sobrevive”, así es con mi hermana. Es, “o ella, o yo”, cuando del *Spotify* se trata, y es una pelea a muerte. “Matilde *enverdad* el *Spotify* no es solo tuyo”, me escribe en un comienzo al WhatsApp. Pero cuando ya la situación se amplifica y ella desespera, puede llegar a aparecer en mi pantalla:

O

F

Sdf

OLJU

Ra

L  
A  
La  
Laaaa  
La  
M  
A  
T  
I  
L  
D  
E  
E  
E  
E  
E  
E  
D  
E  
J  
A  
M  
E  
S  
O  
L  
O  
P  
I  
E  
N  
S



A  
S  
E  
N  
Ti

No, solo pienso en Joan Baez. ¿O será lo mismo que pensar en mí?

\*

Era en blanco y negro. Transcurría en cualquier pueblo del medio oeste estadounidense. Cientos de estudiantes, trabajadores, dueñas de locales pueblerinos, campesinas y mineros se reunían en un solo conglomerado musical: una tarima de madera, un butaco, un par de amplificadores y un micrófono para escuchar el canto de sus propias injusticias. Bob Dylan era un joven que quería cantar y decir cosas. Estaba flaco, moreno por sol del *Midwest* y tenía los crespos suaves y contundentes que permite la infancia antes de la pubertad. Los párpados actuaban con flojera sobre los ojos, aún se los podía ver azules y tímidos. Cantó mucho tiempo. Ahí, con su guitarra. Habrá cantado una de las mejores frases de la historia, habrá vaticinado nuestro futuro, condenado nuestra existencia, denunciado públicamente un hecho atroz, y permanecía: una guitarra, pelo crespo y dientes gruesos.

Cada vez se acentuaba más en la grabación la presencia de ella: un larguero de labios carnosos, nariz honesta, propia, sin intervención quirúrgica alguna, un vestido o una falda que iba hasta el piso, y pelo negro largo, firme, que, como dicen los españoles, “te cagas”. Joan Baez. No se iba del escenario, dio lidia en cada canción, haciéndole contrapeso a la voz gruesa y tosca de Dylan. Se miraban, se coqueteaban, se contestaban. Ella era insoslayable. Flaca también, definitivamente más morena que él y sonriente sin forzarlo. Cuando sonreía se le veían unos dientes perfectamente desviados, unos dientes de verdad. Cantaba sin el maquillaje vocal que decora las voces de los impostores, su voz daba a las notas más altas sin abandonar la parsimonia, la serenidad y, sobre todo, la convicción de su canto.

*Be not too hard  
For life is short  
And nothing is given to man*

*Be not too hard  
When he's sold or bought*

*For he must manage as best he can*

*When he tells lies*

*Or if his heart is sometimes like a stone*

*Be not too hard*

*When he blindly dies*

*Be Not Too Hard, Joan Baez.*

*Fighting for things he does not own*

*And be not too hard*

Vi ese video con el compromiso de quien hace una tarea, y cuando por fin lo acabé quería resolver inquietudes, también para decirle a Trivago: “mira, juiciosa cumplí”.

–La mujer que está en el video, tú me habías hablado, Jo...

–Joan Baez –me interrumpió él, comprendiéndome.

–¿Ella quién es que es?

–Ella cantó mucho con Dylan –dijo con la certeza de quien ha ganado su propio conocimiento–, fue...su pareja. Cantaron mucho juntos. Joan Baez fue la gran amiga, la...la compañera, ¿sí?, de Bob Dylan.

Así quedó ella por mucho tiempo en mi mente: Joan Baez, la compañera de Bob Dylan.

\*

He decidido escribir el Baez sin tilde. Prefiero preservar el nombre artístico a salvaguardar las leyes de la gramática que, además, ni siquiera logran cruzar fronteras.

Todo lo que encuentro de Joan Baez son canciones de canciones. Canciones preexistentes. Aunque sé que el problema es absolutamente mío, no puedo estar en paz con eso. Intérprete. No me basta esa definición. Ando en busca de un ídolo. Necesito *una mujer* que modele un pensamiento a través de su música. Necesito a alguna que me hable sobre el mundo, que me diga qué pensar. ¿Cómo puede hablarme si lo que escribe no es de ella?

Busco obsesivamente.

*Silver Dagger*

Wikipedia: canción folk estadounidense de quiénsabedónde pero con posibles orígenes británicos de quiénsabecundo. Famosamente interpretada por: Joan Baez

*I Once Loved a Boy*

Google: canción de Joan Baez. Letra:

Fuente: Musixmatch. Autora: desconocida.

*I Shall Be Released*

Wikipedia: canción de 1967 escrita por Bob Dylan. Interpretada por, entre muchas otras personas dedicadas a la música, Joan Baez.

*Dangling Conversation*

No, tampoco es de ella, es de Simon & Garfunkel.

¿Qué es lo que define a esta mujer?, ¿qué es lo que la hace un ícono mundial (además de su presencia y firmeza en el cambio social)?

Quisiera explicarme. Yo vengo de *Stairway to Heavens*, de Shakespeares y de Tarantinos, vengo de una genialidad, una sola, la genialidad de lo nuevo, del crear en lugar de encontrar, de lo auténtico, de lo original. Y aunque es injusto y bastante mediocre argüir que estos susodichos crearon todos algo original –como si en el departamento de literatura no me hubieran repetido hasta la médula, el tórax, el coxis, que la originalidad no existe y que todo lo habido y por haber es una reescritura–, el pensamiento que me ha atravesado, formado y creado, el pensamiento de donde vengo, me ha enseñado que el reconocimiento occidental ocurre una vez trascendida la barrera de la creación. Y la creación, la que aprendí yo, vive de la originalidad. De la novedad. “Matar al padre”, la receta perfecta para hacer algo nuevo, que, no nos digamos mentiras, es la meta real, por más nobles y sinceros que nos imaginemos.

Vengo de una alabanza comercial –que viene siendo lo mismo que la alabanza– a aquél que tenga la industria para controvertir desde la invención, aquél que pueda decir “esto es mío”. Vengo de la propiedad, de un capital, de la delimitación, vengo de “esta raya nos separa” y acá empieza lo mío, lo mío miísimo.

No vengo del folk, y mi cerebro no comprende la dimensión de Joan Baez, pero definitivamente me produce intriga (si no sospecha).

¿Cómo me habla Joan Baez?

A los cuatro o cinco meses, luego de haber finalizado mi primera “Sesión introductoria a Bob Dylan, con Francisco Trivago”, cuando ya podía hablar sin él tener que estarme contextualizando constantemente sobre *Blood on the Tracks* y *Desire*, me mostró *Sara*. Una de las canciones más personales que Dylan escribió, o ‘la canción más personal’ según Trivago – pregunto yo, ¿qué no es personal?–. (Él pronunciaba Sara como si supiera algo que nadie más sabía, le decía ‘Seira’ –con la r toda blandengue, como la pronuncian los gringos–. Nunca entendí este advenimiento, incluso una vez lo abordé al respecto y me explicó: “No, es que así es que se pronuncia, ella se llama Seira, no Sara”).

Resulta que *Blood on the Tracks*, el señor álbum de tusa, era sobre la separación de Dylan con Sara Lownds. El dolor (o quién sabe qué es, como desgano más bien) a veces perfora hasta el último tejido de deseo que el cuerpo resguarda para los desiertos. Entonces Dylan se aisló en una cabaña nortea e hizo lo único que veía posible frente a la llegada de este inevitable suceso: escribir y cantar.

Pero el hombre sale al año con otro álbum llamado *Desire*, en el que incluye *Sara*, una canción para la esposa de la que se había separado el año anterior. Es decir: compuso un álbum sobre la tusa de su separación con Sara –que según Wikipedia es en 1975–, lanza otro álbum no muy importante ese mismo año, y en el siguiente álbum que saca –en 1976, *Desire*– no solo le dedica, sino que le hace una canción a ella. Con su nombre y tales. Bob Dylan lo que es es el precursor de las telenovelas. Por supuesto, dejó a la mitad del universo consternado porque la canción era muy hermosa y básicamente no había ningún motivo por el cuál ella no debiera regresar con él:

*Sleepin' in the woods  
By a fire in the night  
While you fought for my soul  
And went up against the odds*

*Sara, Sara,  
Scorpio sphynx in a calico dress  
Sara, Sara,  
You must forgive me my unworthiness.*

*I was too young to know  
You were doin' it right  
And you did it with strength  
That belonged to the gods*

*Sara – Live at Boston Hall. Bob  
Dylan.*

Después de oír esa canción no volví a pensar en otra cosa, no volví a concebir a otro músico (hasta que, más adelante y por gracia propia, me topé con Leonard Cohen). Él lo comprendía todo:

era un músico en el sentido total, holístico, de la palabra, componía sus canciones en letra y música, tocaba cualquier instrumento, en cualquier lugar, hacía mundo y vida a través de la música.

Cerré todos mis frentes, colgué los teléfonos, bajé las persianas, me alejé de los deberes sociales y académicos, y me aislé en mis audífonos. A veces ni siquiera se alcanzaba a terminar la canción y yo ya la estaba reiniciando porque había pasado torpemente por encima de una mísera frase. Si mis cinco sentidos no estaban entregados a atender línea por línea, era necesario devolverme.

De tanto hacerlo, evoqué un mensaje que Trivago me había escrito (en el principio, en el puro inicio de la relación), por SMS. Recuerdo especialmente que fuera un mensaje de SMS porque él estaba de paseo en una finca en Villa de Leyva –paseo que mis papás me habían prohibido terminantemente– y resultó que la finca tenía poca señal. Sin embargo, su amor en ese entonces, pudiente y valeroso, hizo que el hombre buscara señal en los recovecos más extravagantes de aquel establecimiento tozudo y antiguo, de modo que, en cuanto pudiera, me llegaran sus mensajes. Así fuera por SMS. Entre los mensajes soporíferos que nos terminamos escribiendo, “este es el único amor que ha existido en todos los tiempos”, él me contaba sobre cómo estar lejos de mí, en una finca oscura y centenaria, me hacía más presente ante él y, desde luego, exaltaba más el amor. El sello final de uno de esos mensajes justo antes de dormir, proclamándome su amor como si yo fuese un ángel descendido de la cima del Palacio de Justicia hasta el piso de la Plaza de Bolívar, cagado todo por palomas, fue la línea de la canción que ahora retumbaba en mi oído:

*Sweet virgin angel  
Sweet love of my life*

Me detuve lo mismo que una hormiga en horario laboral que se detiene a revisar algo y luego sigue. Era de *Sara*, el pedazo de canción que me había dedicado cuando estábamos en la dichosa etapa de luna de miel.

*Sara, Sara,  
Sweet virgin angel, sweet love of my life,  
Sara, Sara,  
Radiant jewel, mystical wife.*

\*

Al parecer sí tiene canciones originales. Qué palabra tan fea. La desprecio y me desprecio por necesitarla. Pero es un alivio, realmente, y por fin puedo dar ese respiro. O, no, mejor un grito. El grito de este cuerpo que ya no sabe cómo es el aire o lo que es mojarse de camino al bus. Lo doy.

Evidentemente, mi papá y mi mamá se percatan y me vienen a buscar. Pero solo encuentran la escena de una persona sentada en el piso de su cuarto, serena, casi como si fuera la belleza blanca y pura de un cuadro ilusionista visitando plácidamente la orilla de un lago azul con un par de buganvillas a los lados y una sombrilla para tapar el sol. Me encuentran oyendo la canción original de Joan Baez, *Diamonds and Rust*, estremecida románticamente con el arpegio de las guitarras. Quién sabe, tal vez esté a punto de levitar. Mis papás se retiran.

*Diamonds and Rust.* Esto era lo que yo necesitaba.

Los arpegios comienzan suaves, se van repitiendo en crescendo, cada vez más instrumentos se les suman, un platillo copia las frases finales de la guitarra, hasta que llega la voz, la voz, esa voz tan voz de Joan Baez que la puede arremedar sólo ella, en otra dimensión:

*Well I'll be damned  
Here comes your ghost again  
But that's not unusual  
It's just that the moon is full  
And you happen to call*

¿A quién le habla?, ¿quién es el interlocutor?

Busco en internet, nuevamente, porque sé que ya no puedo escuchar una canción sin investigarla, sin que internet me diga “el significado de esta canción es el siguiente” y me ofrezca las interpretaciones como si fueran toda la comida del buffet de Alejandro Magno, o Kim Kardashian. La canción suena y me sigue hablando mientras busco.

*And here I sit  
Hand on the telephone  
Hearing a voice I'd known  
A couple of light years ago  
Heading straight for a fall*

*As I remember your eyes*

*Were bluer than robin's eggs  
My poetry was lousy you say  
Where are you calling from?  
A booth in the Midwest*

Debí suponerlo: *eyes bluer than robin's eggs, Midwest.*

Bob Dylan. Es sobre Bob Dylan.

No había entendido, hasta ahora, que en efecto tuvieron un romance ellos dos. Su relación, hasta donde la he conocido a lo largo de los años, la he visto proyectada (en pantallas, en videos, fotos y entrevistas) de la manera mas indeterminada posible, ni siquiera sabría ponerle nombre: amistad, compañerismo, relacionamiento, cercanía. Es como si se mantuvieran constantemente en un limbo entre un romance nupcial y una relación filial: tienen un áurea de haber trascendido todas las barreras, como si después de haber vivido tanto, no quedara sino una confianza que sólo ellos conocen. Vemos sus caras en portadas de discos y de libros, los vemos juntos cantando sobre un escenario, los vemos hablando sobre el otro de la manera menos pudorosa y directa posible, pero con el cariño que permite *esa* confianza. Como si los dos supieran de qué trata su historia y pudieran hablarse en secreto con un solo gesto.

Pero *Diamonds and Rust* relata algo más. Es el testimonio de una interferencia en esa comunicación, que tan bellamente nos ha sido exhibida.

*Ten years ago  
I bought you some cufflinks  
You brought me something  
We both know what memories can bring  
They bring diamonds and rust*

*And there you stayed  
Temporarily lost at sea  
The Madonna was yours for free  
Yes, the girl on the half-shell  
Could keep you unharmed*

*Well, you burst on the scene  
Already a legend  
The unwashed phenomenon  
The original vagabond  
You strayed into my arms*

Bueno, pues veamos: el personaje, el interlocutor de la canción la está llamando a ella en el presente, luego de que ha pasado un buen tiempo desde lo que sea que ellos tuvieron. Lo podemos intuir porque la voz poética nos habla de recuerdos que ocurrieron *ten years ago*, recuerdos que aterrizan en la imagen de diamantes oxidados, derruidos. Claramente el sujeto no

es un hombre del común: no solo es una leyenda desde antes de irrumpir en la escena –podría decirse incluso que estalla esa escena, la escena folk desde luego, pero luego estalla la escena global y se convierte, de manera no intencionada, en la voz de una generación–, sino que es el fenómeno indecoroso, desvergonzado. El vagabundo original. Podemos estar seguros de que se trata de Bob Dylan, ahora sí. No se me ocurriría una manera más específica que esa para retratar a ese personaje que Dylan construyó. El vagabundo original. El mismo de *Tangled Up in Blue*.

Siendo él, usando una y muchas máscaras a la vez, naturalmente es alguien que puede conquistar a la Madonna, a la mujer desnuda sobre la perla de una concha sin ningún esfuerzo y además sin involucrarse como para sufrir por ella. Más bien sería al revés.

Luego de recordar más y más acontecimientos, en los que ambos hubieran podido morir en el instante de la felicidad que los estremeció, la canción remata con las últimas dos estrofas:

*Now you're telling me  
You're not nostalgic  
Then give me another word for it  
You who are so good with words  
And at keeping things vague*

*'Cause I need some of that vagueness now  
It's all come back too clearly  
Yes, I loved you dearly  
And if you're offering me diamonds and rust  
I've already paid*

La voz poética ya nos dijo, en un verso anterior, que el sujeto solía decirle que su poesía era *lousy*, un adjetivo intraducible para mí pero que puedo conjeturar como *malísimo*: su poesía era malísima, eso es lo que le dice el hombre en la llamada. Pero resulta que él, que sí es bueno con las palabras y que le imbuye una malísima poesía, maquilla sus palabras y le ofrece eufemismos a ella que conserven la incertidumbre, la vaguedad de las cosas. Y es cuando él hace eso, que tanto sabe hacer, que ella recuerda por qué ellos no funcionaron, por qué ella no puede volver a él ahora. Como si nada hubiera cambiado de diez años para acá, las razones por las que acabó todo antes acabarían todo ahora. Ella ya ha pagado, ya ha vivido. Ya sabe.

Él la llama para llenarla con diamantes derruidos, tal vez necesita oír su voz, tal vez necesita volver a saber, a oler o a tocar lo que era la presencia de ella en su vida, pero no puede



permitirse soltar la vaguedad, él debe mantener borrosa la frontera que los separa (por si algún día quiere volver), la frontera que ella está intentando trazar.

Sin embargo, la última palabra ya no es de él, la toma ella. Es más, toma todas sus palabras malísimas y hace con ellas una canción.

Exhausta, miro la guitarra por primera vez en ocho meses. Sé que tiene polvo. Las cuerdas deben estar sin templar. Pienso en afinarla, en intentar *Diamonds and Rust*. Entro en pánico.

\*

Un mujeronón, esa Sara. Actriz, modelo, pintora en ratos libres, musa, la bohemia perfecta. Ella era una ninfa profesional. Hasta la busqué en Google y no encontré una sola foto que la revelara en la actualidad, en todas era joven y bella. Inmortal, también resultó ser.

Yo quiero eso.

Yo quiero ser eso, quiero ser vista así, pensé. Hasta llegué a ponderar que había alcanzado a rasgar un poquito de ese cielo, tras la dedicatoria de Trivago. Nada parecía más aventurero que encarnar a la mujer mística, la mujer inalcanzable. La que puede con todo y aguanta todo, la sabia y silente, la que sabe qué responder cuando él intenta confundirla, la que está tranquila y se para en su raya cuando es justo y necesario. Mi esperanza al aire era que alguien, de alguna manera imposible –una deidad, un poder superior u otro hombre– notara mi integridad, mi entereza, mi nobleza, por la manera en que lidiaba con los obstáculos que me imponía la vida cuasi-marital en la que estaba embebida. Idealmente quería que fuera él, Trivago, quien lo notara y que a raíz de eso me compusiera esa gran canción.

Me empeñé, entonces, en ser esa musa. Duré un año y medio forcejeándome de todas las maneras posibles en proveer apoyo emocional, vistiéndome apropiada y adecuadamente dependiendo del evento, mejorando mis temas de conversación de tal manera que se acomodaran al rango de edades que se manejaban en las reuniones, intenté eliminar las groserías de mi vocabulario, mi pelo –de naturaleza alborotada– se supo allanar, irradiando más mono y compacto que nunca, miles de aplausos obtuve de la familia de Trivago y de sus amigos. Hasta me dieron un apodo: Matisita. “Qué divinidad esa Matisita”, “Ay no, cómo es de gentil y amable. Divinamente portada”, “Matisita, ¡cómo estás de linda!”, “Es que Matisita ya es parte de la familia”, “¿De dónde

habrá salido Matisita?”, “¿Sabes qué? Yo creo que Matisita le sienta a Francisco”. Todo tipo de halagos y bienvenidas. Y nada que aparecía esa berraca canción. (¿No eras músico?)

\*

Mi pelo amanece imprudente estos días. Vivo, grande, suelto, como si estuviera diciéndole a todos en mi casa: DETÉNGASE AHÍ, DETÉNGASE AHÍ. MÍREME. Y eso que me llega hasta un poco más arriba de los hombros. Cada día me paro de la cama, tanteo las paredes para no tropezarme a cuenta de la poca visibilidad que permiten mis ojos azules y pestañas transparentes cuando estoy recién despierta (accesorios es lo que son), llego al baño, me quito el aparato dental de la boca, lo lavo, lo meto en la caja y me miro al espejo. Definitivamente tiene un aspecto chuzudo, como si cada pelo le tuviera un odio irreversible al otro, y al otro y al otro y al otro. Y al otro y al otro. Me han salido cachitos, de esos que estaban de moda entre los noventa y el dos mil. A veces puedo parecer Luis VII o una profesora de pre kínder. O barco invertido. Me divierte levantarme para ver qué voy a ser el día de turno, ahora que nadie me puede ver salvo mis papás y mi hermana de a ratos, y que mi pelo puede atreverse a manifestar y encarnar lo que le entre en gana.

Pero sé que algo me está intentando decir, mi pelo. Nunca termina de cuadrarme por qué en épocas de Trivago se mantenía tan alisado, intocado, tan perfecto. A veces digo que era plano, como mi vida en ese momento.

Algo me estará diciendo ahora, siempre me está hablando por debajo de la mesa.

Anoche, en el trance de la búsqueda, di con una película que dirigió uno de los muchos *Bob Dylans*: el director cinematográfico. *Renaldo and Clara*, se llama. Joan Baez sale varias veces, sale camuflada de muchas maneras. En unas escenas aparece hablando con acento español, como si fuera Penélope Cruz:

*You need to be needed and the thing about this guy I was with, always very, very, very impatient, always running, he didn't know why he's looking for...always going to something, away from something, I didn't know, I try to make him happy, there was no way.*

Un personaje de Joan Baez en *Renaldo and Clara*

<https://www.youtube.com/watch?v=PDZp7jOZolU&t=940s>

Y en otras escenas tiene un lunar pintado arriba del labio y habla con acento francés. En otras, aparece como ella (¿qué es ella?).

\*

No solo mis esfuerzos por ser Sara no tuvieron recompensa, no obtuve canción ni reconocimiento alguno por parte de Trivago, sino que, por supuesto, la relación terminó, que fue lo mismo que un huracán me pasara por encima sin succionarme pero con todas las intenciones de hacerlo, llevándose mi piso, mis tapetes, mis bancas, mis agarraderos, mis viernes, mis lunes, mis pensamientos, mi agenda de vida, el santiamén de mi estabilidad. Desde luego, anestesié ese dolor cantando canciones de Bob Dylan. Cogía mi guitarra, buscaba “*you’re a big girl now chords*” en internet y cantaba como si se me fuera a desgarrar un pie.

*Bird on the horizon, sittin' on a fence  
He's singin' his song for me at his own expense  
And I'm just like that bird, oh  
Singin' just for you  
I hope that you can hear  
Hear me singin' through these tears*

Y cantaba como si de verdad yo fuera un pájaro tocando una serenata con todo de sí, y la persona a quien iba dirigida mi serenata no me escuchara. Y sentía cada palabra, y sabía de memoria los gritos heridos. A veces, incluso, la tocaba como si fuera de mí para mí, mejor dicho, como si fuera él, Trivago, quien pensara esas frases, como si él me cantara a mí, y a falta de que lo hiciera, yo misma me *serenateaba* lo que quería oír.

*Love is so simple to quote and phrase  
You've known it all the time, I'm learning it these days  
Oh I know where I can find you  
In somebody's room  
It's a price I have to pay  
You're a big girl all the way*

*You're a Big Girl Now. Bob Dylan.*

Un día mi vecino –vive un piso abajo y, supongo, su cuarto queda justo debajo del mío– me escribió:

—¿Estás tocando guitarra? Son las 10 p.m.

\*

Al parecer Bob Dylan dirigió la película y escribió el guion de *Renaldo and Clara* junto con Sam Shepard, el dramaturgo, actor, director y todo lo demás, autor de la obra *Buried Child*, amigo de Dylan pero también machuque de Patti Smith y el *Coyote* de Joni Mitchell, entre (obviamente) muchas otras cosas.

La película, que aún no puedo descifrar muy bien de qué va, la graban durante la gira, la parranda, la peregrinación espiritual, sexual y musical, el festival móvil a título Bob Dylan: *Rolling Thunder Revue*. Una gira de conciertos. A pesar de que *Renaldo and Clara* es una película con personajes ficcionales, como Renaldo y Clara, encarnados por Bob Dylan y Sara Dylan (ya se había cambiado el apellido), o como La Mujer de Blanco, encarnada por Joan Baez, no puedo evitar verla como un documental, o una auto ficción más bien (una recochera del paseo, realmente), sobre la vida y las relaciones que se dieron en el *Rolling Thunder Revue* y antes de él.

En primer lugar, la película no trata sobre Renaldo y Clara. Tiene algunas escenas (o imágenes, destellos) en las que ellos dos aparecen, pero no es *sobre* ellos. No es una película que pretenda dar un mensaje o narrar una historia, más bien es una experiencia que aviva una multiplicidad de sensaciones al atravesar y entrecortar todas las historias que se dieron (y que no se dieron) en la explosión de la vida que fue esa gira de conciertos. No hay una coherencia, no hay unos patrones lineares de los que un espectador se pueda aferrar (lo que significa entrar en combate para mi cerebro): muchas escenas están montadas una después de la otra sin que tengan una conexión evidente o relevante y constantemente la apariencia de los personajes cambia (llevan peluca, hablan en distintos acentos a pesar de ser la misma persona, sobre todo Joan Baez), incluso a veces aparece la sensación de que el “actor” ha sido reemplazado arbitrariamente por otro para encarnar al mismo personaje. Mejor dicho, es una película que persigue a las sensaciones, a la experiencia misma de verla, no una película que persiga un proceder teleológico. Es el registro de un paseo.

Pero también es auto ficción porque en ocasiones, cuando una escena pre escrita aparece, se recrean situaciones que pudieron pasar en la vida de los actores. Y si no pasaron, es como si quisieran estorbar su propia psiquis indagando, presionando en la llaga, escarbando en las

relaciones amorosas pasadas que tuvieron (o tienen) entre ellos al elaborar situaciones ficcionales de ahí.

Entre muchos fragmentos de canciones en vivo que guarece esta película, está el de *Diamonds and Rust*. Sale Joan Baez alumbrada por una luz azul en un plano cerrado. Se ve su perfil, andrógino a veces, fino y sugestivo, y las clavijas de la guitarra que toca sin esfuerzo en esta, su canción. Sus uñas son largas y permiten atrapar las cuerdas con mayor precisión y suenan con perfecta resonancia. Tiene un pick amarrado a la mano izquierda, la que toca las cuerdas arpegiadas. Se prepara para decirlo, para cantar: *Well, I'll be damned, here comes your ghost again...*

A este fragmento en vivo, que es casi una pausa al ajeteo que es la película, lo antecede una escena de Joan Baez en el cuarto de un hotel con nada más que un saco grande puesto, el pelo envuelto en una toalla, jugando con la punta de un secador como si fuera el prepucio de un falo.

*I wish, I just wish...if I had one person I could just talk to, would probably ease up... [sighs]...something's missing. I think it's just somebody.*

Joan Baez (o su personaje) en *Renaldo and Clara*.  
<https://www.youtube.com/watch?v=QXIvMJjOkc8>

¿Por qué este fragmento es lo que antecede a la canción sobre Bob Dylan?, ¿en el documental de Bob Dylan?

Luego de esta escena, disfrutamos de la coquetería entre Joan Baez y Bob Dylan en una conversación (no porque sean ellos significa que no sean personajes: uso sus nombres porque no parecen estar interpretando o actuando, pero algo me dice que la escena está libretada, que juegan con personajes que existen en ellos). Están sentados en un bar tomando trago, y hablan sobre qué habría pasado si se hubieran casado. Bob le expresa a ella que él no ha cambiado demasiado. Ella expresa que sí, ella sí ha cambiado. ¿De qué se trata todo esto?

Pero es sólo el principio. Hay otra escena en la que Joan Baez, como el personaje de “The Woman in White”, La Mujer de Blanco, llega a una casa oscura y vestida toda de blanco: tiene puesto un abrigo afelpado, una bufanda que cubre el cuello y descende de los hombros al cuerpo, y un sombrero cuasi-turbante sobre la cabeza. Todo de blanco. Además nieva afuera. Llega en una carrosa de caballo y con una rosa roja entre las manos, acompañada de una nota. Entra a la casa oscura, sube las escaleras y abre la puerta de un cuarto. En el cuarto, pequeño, bastante precario y

desarreglado, encuentra a Renaldo y a Clara (es decir a Bob Dylan y a su esposa Sara) sobre la cama singular, besándose. Ella, La Mujer de Blanco, llega como una presencia fantasmagórica que simplemente los observa. Clara, que en este caso tiene puesta una peluca de melena larga y rojiza, le pregunta a ella y a Renaldo que quién es ella y qué hace aquí. Resulta que La Mujer de Blanco es una amante de Renaldo. Entra, se queda ahí un rato, y empieza a escribir (o a hacerse la que escribe) en la nota que trae.

**Clara** (a La Mujer de Blanco): *Um, what are you writing down? I just don't understand...*

[...]

**Clara:** *Can you read your note?*

**La Mujer de Blanco:** *It says "I love you. Meet me at the appointed place at twilight, my darling"*

**Clara** (hace un gesto de que no sabe qué está pasando): *It's a crazy woman!*

**La Mujer de Blanco:** *"I offer you no fantasy, but the real thing, forever".*

(Mientras ella lee, **Renaldo** y **Clara** se revuelcan y se besan en la cama).

**La Mujer de Blanco:** *Renaldo.*

**Renaldo** (se para de la cama y se acerca a ella): *¿Yes, yes?*

**La Mujer de Blanco** (a Renaldo): *I have decisions to make, I have places that I have to be.*

(**La Mujer de Blanco** y **Renaldo** se acercan y se miran con química profunda, como si se quisieran besar. **Clara** los mira pacientemente mientras lo abraza a él. **La Mujer de Blanco** abre la puerta, sale del cuarto y se queda de cara a la puerta cerrada).

**Clara:** *Did she have the right room? Renaldo have you been lying to me. Would you lie to me?*

(**Renaldo** hace un gesto de que no).

**Clara:** *I hate liars.*

(**La Mujer de Blanco** está adentro del cuarto de nuevo y está sentada sobre la cama. Se queda mirando a los dos amantes. **Renaldo** se para de la cama y se hace detrás de ella).

La escena sigue resonando en mi cabeza, tal vez por eso mi pelo amaneció así hoy: inconcluso, informe. No entiendo, no capturo la naturaleza de esa escena. Me confunde pensar que Joan Baez haya deseado, aceptado recrear o avivar un dolor real, un dolor que sintió, a partir de una situación ficticia. Podrá ser que todos los involucrados en el *Rolling Thunder Revue*, tan a flor de piel que se desenvolvían, abrazaran la humanidad y el caos que existe en las relaciones: “Ah, ¿Joan está enamorada de Bob y él está casado con la mujer que ama? Pues aceptémoslo y más bien exploremos la historia que de ahí se puede desatar”.

¿O acaso esta comparsa significa que ella está tan a término con lo que siente y sintió, ha forjado tanto una relación consigo misma y con Bob y con Sara, que es capaz de recrear situaciones que pueden estar hablando sobre su vida, sin que esto la afecte a ella?, ¿sin que le afecte lo que puedan decir de ella?

Es posible que su dolor haya sido reparado, es posible que ella esté por encima de todas estas cosas y que le guste jugar con las expectativas de un público morboso, torpe, tal vez. Pero, ¿por qué consentiría a aparecer como la mujer que siempre está a la espera del hombre?, ¿o la mujer que no pudo con él? O, la verdad, ¿es que le importa tan poco lo que digan de ella que realmente se permite hacer lo que se le dé la gana?. ¿Puedo hablar contigo, Joan, para que me expliques y me enseñes a desentenderme, a desatarme del ruido grumoso, ese *que dirán* que detiene la acción, que frena el impulso?

¿Quién es Joan Baez?, ¿qué cosas siente Joan Baez? Pero más aún ¿por qué nos habla siempre a través de personajes, o a través de las canciones de otros?, ¿qué nos está queriendo decir?

\*

Bob Dylan y Leonard Cohen eran los únicos que podían poner en canción, en palabra y melodía, mis angustias, mi rabia, mi soledad y mis preocupaciones. Cuando los descubrí también descubrí lo que era sentir de verdad, lo que realmente era capturar, hacer florecer una emoción o un sentimiento. Sobre todo una sensación tan indeterminada pero tan monumental como la del extravío, la desubicación que orbita en torno al amor, el amor en todas sus formas. Desde luego, mi pérdida amorosa había sido mucho más que la pérdida de un ser humano en mi vida: me expuso una realidad inevitable, la realidad de mi propio extravío, ese que estaba incluso antes de que Trivago llegara a estremecerlo.

¿Quién era yo?, ¿qué me gustaba?, ¿si uno de los músicos que más disfrutaba, Bob Dylan, me había llegado por herencia de Trivago, qué era realmente lo mío?

Cantar y rasgar la guitarra era el acto de apropiación: las letras me llegaban de manera tan exacta (era como si un balde me cubriera en agua bendita) que incluso sentía que las había escrito yo. Más aún, me cantaban a mí: sus canciones eran sobre mí. Yo era la niña asustada, yo la niña atrevida, yo la que ahora decidía dormir en cama de otros y rompía corazones, yo la mesera, yo era la que le chupaba el pito a Cohen en el Chelsea Hotel,

*(I remember you well in the Chelsea Hotel  
You were talking so brave and so sweet  
Giving me head on the unmade bed  
While the limousines wait in the street).*

Yo metía heroína y yo me presentaba como un misterio. Era Janis Joplin, o Sara, o una Joan Baez, era sobre quien valía la pena cantar, o a quien valía la pena cantarle.

(Yo no era nada diferente, en realidad, a la madre de ese pobre Trivago, siendo ya mi ex novio incluso –no sobra decir que duramos un par de meses que finalmente terminaron siendo un año, viéndonos, hablándonos, viajando: caminando para atrás, como lo hacen los cangrejos–. No era sino que él chasqueara los dedos y yo podía pasar de ser la amante hippie con aretes largos, pelo rubio al natural y amante de perros y animales, la diosa desnuda del pelaje, a volverme la dueña de casa que sabe preparar el almuerzo y darle teta a su niño mientras la familia se junta en un cálido abrazo cerca de la chimenea acogedora, perfecta. “Puedo volver a ti, ya soy todas las mujeres a la vez”).

*I am a woman of heart and mind  
With time on her hands  
No child to raise  
You come to me like a little boy  
And I give you my scorn and my praise  
You think I'm like your mother  
Or another lover, or your sister  
Or the queen of your dreams  
Or just another silly girl  
When love makes a fool of me*

*Woman of Heart and Mind. Joni Mitchell*



Más ahora que nunca, que él podía aparecer cuando quisiera porque ya no me debía nada –un Dios benevolente había cortado el cordón umbilical y él se quedaba sin alimento– me buscaba con hambre, me buscaba con deseo, me buscaba borracho, me buscaba con amor, “te amo, Matisita”. Y yo respondía a sus búsquedas con la mujer que él necesitaba en cada caso. Joni Mitchell, siempre, me lo explicaría mejor de lo que nadie nunca pudo hacerlo).

Viví, así, de las canciones por un tiempo. Cogía la guitarra, la acariciaba, revisaba cuerda por cuerda para ver qué tan afinada estaba, aprobaba su sonido sin mucha experticia. Cantaba.

Las canciones sencillas eran las más fáciles de tocar y cantar a la vez, claro, parece obvio ahora. Luego de intentar las Dylan que no me presentaran mayor dificultad, que no involucraran arpegios y ritmos complejos, me paseé por desechos más contundentes, más literales, como “Doscientos huesos y un collar de calaveras” de Enrique Bunbury. Era la canción perfecta porque no requería de mucha pericia y tenía la palabra *erección* en ella. Esto me permitía liberar, en las paredes cerradas de mi casa, cierta rebeldía inusitada, ansiosa por demostrarse. A veces, cuando me daba más pena que rebeldía, decía *elección*, y aseguraba que mis papás no sospecharan de mi nuevo vocabulario.

Otras veces, a altas horas de la noche, mi hermana se unía. Se asomaba por entre la ranura de mi puerta. Antes de que ella llegara, yo, mientras tocaba un par de acordes tontamente sin ritmo ni estridencia, la alcanzaba a percibir viniendo con sus pasos. Además de que sabía que eran de ella por la dirección de la cual llegaban –su cuarto queda al lado del mío y en oposición al de mis padres– sabía que eran *sus* pasos, tímidos y diminutos, tropiezos, los mismos pasos de un ciempiés. (No eran los de mi papá, que afectan el piso siempre con el mismo tambor profundo que retumba cual tenor, ya sea con las pantuflas o con sus zapatos de caucho. No eran los de mi mamá, tropiezos de ciempiés adulto, sutilmente entaconado y con plataforma. Por la manera de pisar de mi mamá, una sabe que usa jean y que huele rico). Pero no, era mi hermana, que se deslizaba como una bolsa de marihuana dentro de un brasier para ingresar a un concierto. Llegaba, asomaba nada más, nada menos, que sus ojos, solo lo justo y necesario. Pero lo que yo alcanzaba a ver era un oleaje negro, oscuro, seguido de una frente inmensa, como la mía, que daba con el acento de dos almendras tostadas, cortadas por el borde de la puerta que ella entreabría, y me decían, a punto de estallar en emoción ¿cantamos juntas?

Cuando no estaba con ganas, le decía que qué hacía despierta y que se fuera a dormir. Y la velita que era ella se apagaba con cada negación (sobra decir que algo moría en mí también). Es una auténtica basura ser la hermana mayor. Más poder que Álvaro Uribe he creído tener yo, gracias a ser la hermana mayor. Una auténtica basura.

Cuando sí, sin embargo, mi hermana se ajustaba al lado mío en las posiciones más incómodas para poder visualizar la pantalla de mi computador y canti-susurrar “Por la boca vive el pez” de Fito y Fitipaldís, o “Lo que construimos” de Natalia Lafourcade. La emoción a veces atravesaba las paredes y despertaba a mis papás, o la llevaba a ella a decirme que debíamos hacer un video. Con esto se acababa el espectáculo y nos íbamos siempre a dormir. Un día, cuando finalmente compramos otra guitarra, era yo quien tenía que pedirle que se callara porque eran las 11:30 p.m. y no podía cantar así de duro.

De día, a menudo la casa quedaba vacía. Entonces me sumergía entre los muebles viejos y hogareños con que mis padres han erguido nuestra vida y, cuando la pereza por fin me obligaba a des fijar la mirada, aprovechaba para establecerme en medio de la terraza y sollozar, con la guitarra, “Mi espíritu imperecedero” de Extremoduro y, la que tal vez me lanzó a la fama en el vecindario por gritona y estrepitosa: “Si te vas”, de Shakira.

Desempeñé una agilidad en la guitarra que me permitía no estar pendiente del rasgado correcto de los acordes y poder concentrarme en la línea del momento. Y el drama, o la tusa, sudaba la fiebre en todo el cuarto con cada nota.

Tus doscientos huesos y un collar de calaveras  
para que pueda volver y volver a empezar  
deja que pueda traer alivio a tu boca *tonight*  
y no desaproveches una buena erección

Doscientos huesos y un collar de calaveras. Enrique Bunbury.

Era la cursilería, realmente, lo digo, perfecta. Era todo, era la palabra *tonight* en el medio de la canción seguida de *erección*, sin la necesidad de que nada rimara. Era el goce culposo de poder ser, sin pena, lo que en nuestra infancia llamábamos *rockstar*, con pantalón de cuero, bota campana y algo de delineador, puedo hacer y decir lo que quiera porque sí y ya, papás, era la gomelería de decir una palabra en inglés, y pronunciarla perfecto, sin que tuviera nada que ver. Era la sensación más imprecisa. Matisita chau.

Pero cuando me tocaba confrontar a mi abatimiento con la verdad, me ponía en la tarea de revisar, como un chimpancé, los piojos de los años anteriores. Los piojos de Trivago, los míos, los que antes no estaban y los que él me transfirió, los que yo siempre tuve, los que él me quitó. Ya no me bastaba la gomosa y extravagante naturaleza de “Doscientos huesos y un collar de calaveras” (título que nunca llegué a entender y que hasta el día de hoy asocio con el animé japonés, porque el video de YouTube que me permitía escuchar la canción era una sola imagen de algún animé), me era necesario viajar a la llaga, descansar en ella y cantar desde ella:

*Had to go crazy to love you  
Had to let everything fall  
Had to be people I hated  
Had to be no one at all.*

*Crazy to Love You.* Leonard Cohen

Fue lo que canté cuando concluí, contundentemente, lo que había sido esa relación para mí. Una contorsión constante para embarcarme en un enamoramiento no deseado. Es más, a esa canción le agregaría –dado que tuve los intercambios más largos con señores de toda la vida, gente ala, economistas, administradores y abogados muy bien portados, muy bien puestos– *had to be with people I hated*, si Leonard me lo permite.

\*

Cantar canciones. En cualquiera de sus formas, en sus múltiples periodos históricos, sea un juglar, una trovadora, un cantante pop, un cantante de ópera, una estudiante que tararea una melodía mientras empaca sus papeles del escritorio en el que estaba estudiando. Un taxista, un presidente. Una empleada doméstica. Cantar canciones es lo que nos ha sobrecogido y hablado a los seres humanos a lo largo de los años, y es tal vez lo que menos podamos explicar. Simplemente sucede, algo despierta en nosotros, alguna verdad se destapa. Como dice Joni Mitchell:

*Music is really a mystery. You know, how do those notes...? You hear these sounds, and it makes you feel things. They do it quicker and more mysteriously than their abstract line equivalent [painting].*

Entrevista a Joni Mitchell (1989) por Jeff Plumer.  
<https://www.youtube.com/watch?v=w1gCku0w1sw>

¿Cómo se lo voy a prohibir a Joan Baez?, ¿qué en ella no puede ser intérprete?, ¿qué de que sea intérprete, cantante folk, cuenta-historias, la vuelve menos fascinante?, ¿el que yo esté acostumbrada a que la música esté empapada de autoría? Se pone más interesante: el que sea intérprete me obliga a escucharla con más atención, me implora escuchar otra cosa, y me apura a zafarme de lo que me tiene pegada al techo de este cuarto buscando algo original, buscando un *Diamonds and Rust* para demostrarle a nadie más que a mí misma que puedo idolatrar también a una mujer. No necesito un *Diamonds and Rust* para mirar hacia arriba, no necesito de la autoría, es más, no quiero a *Diamonds and Rust* si es para armarle competencia a Dylan. Qué de la competencia tiene algo de sentido. ¿Acaso ella tiene que alcanzarlo a él? No quiero ganar, no quiero imponer o demostrar, o probar. Quiero abrazar a Joan Baez en su entereza, quiero escucharla y dejarme permear.

Hace once días que no bajo ni a la portería del edificio. No estoy segura de cómo era que el sol tanteaba la piel, sé que los pelos se erizaban, recibéndolo. Pero nada más. Ahora se me erizan del frío cada tanto.

Cierro los ojos, tomo una bocanada de aire. Los vuelvo a abrir. Empiezo a navegar por las paredes de mi cuarto, me paro sobre los muebles, sobre mi cama, sobre mi suelo. La planta de mi pie derecho, descalza y entera, abraza el tacto del piso alfombrado y se fija en él. Levanto el talón del pie izquierdo, luego la planta hasta que queda solo mi dedo gordo haciendo contacto. De pronto lo levanto también, y en un movimiento lento, milimétrico y fluido –he practicado esto varias veces–, mientras acerco el torso al piso, extendiendo la pierna izquierda hacia atrás. Con mi cabeza mirando al suelo y mis brazos abiertos –y con las ventanas y la puerta más cerradas que la tráquea de un bebé antes de nacer– empiezo a sentir aire, brisa. Soy un avión, un ave, mejor, que va planeando sobre la cordillera andina, rompí mi ventana y ya llegué a los Aconcagua. En mi viaje no veo un tapete, no veo motas de pelo o polvo acumulado, veo lagos, veo cuerpos de agua que no sé nombrar, veo alpacas, caminantes con zapatos gruesos y mujeres con alpargatas. Oigo tambores, instrumentos de cuerdas, de viento. Ellos me llevan. Puedo voltearme y mirar hacia el cielo, y seguiré volando. Mis segundos son seis horas de vuelo, y me suspendo en este instante.

Ya puedo retomar.

\*

Entre más la sudaba, la fiebre de la tusa, más ganas de escupir me entraban. Los días de recostarme contra la ventana del bus, imaginando paisajes áridos mientras evocaba la historia de amor del narrador nómada, del vagabundo original de *Tangled Up in Blue* —que obviamente vendría siendo yo—:

*(She was married when we first met  
 Soon to be divorced  
 I helped her out of a jam I guess  
 But I used a little too much force  
 We drove that car as far as we could  
 Abandoned it out west  
 Split up on a dark sad night  
 Both agreeing it was best  
 She turned around to look at me  
 As I was walkin' away  
 I heard her say over my shoulder  
 We'll meet again some day  
 On the avenue  
 Tangled up in blue*

*Tangled Up in Blue. Bob Dylan).*

Ciertamente esos días ya no eran los mismos que estos, que me pedían una guitarra eléctrica, estridencia, escupitajos. Ya le había pedido a Leonard y a Bobby que me dejaran no solo cantar sus canciones sino apropiarme de ellas y volverlas tan mías como Joan Baez las había hecho suyas.

Quería escupir todos los acontecimientos que me habían convertido en esa persona que fui. Escupir la pasividad, escupir la idiotez, escupir a la Matisita que, por pena a causar disgustos y molestias, no había sido capaz de decir en una discusión dominguera con la familia conservadora de Trivago: “bueno, no sé qué posición tomar sobre Charlie Hebdo, la verdad, creo que es difícil decir esto o lo otro, creo que hay algo del humor que nos hace pensar”, en general, quería escupir.

Me había convertido en ese espíritu informe, negro, cuasi transparente de la película *El viaje de Chihiro* que se come a las personas, una por una, a las cosas, sin saciarse jamás —también

me había despertado un hambre voraz por casi que cualquier alimento—. Y ahora quería escupirlo todo, regurgitar, como el monstruo.

Con los audífonos puestos y a todo volumen, comencé a abrir de nuevo las persianas de mi cuarto, a salir de él, y a caminar hacia las librerías, iba todos los domingos a las que quedaban más cerca de mi casa: San Librario, a Quevedo, o a Trilce. Cruzaba la carrera once y el mundo se despertaba ante mí, yo tenía que llegar hasta el fondo de él. Gasolina, humo, bicicletas, jugo de lulo, aromática, cerveza, madera suelta, jeans rotos, risas de oficina.

En los días universitarios, que empezaban con alguna parsimonia y luego se revoloteaban, bajaba hasta Merlín cualquier día de la semana con “Locura transitoria” sonando cada vez, con la sola intención de gastar, despilfarrar el tiempo que no tenía para escuchar música nueva con el tonto pretexto de que necesitaba bajar hasta la librería para preguntar por la disponibilidad de tal o cual libro que cierta clase requería.

Y cada tarde, con mi amiga del momento, me servía una tras otra cerveza como si lo de regurgitar no fuese figurativo.

\*

*You mentioned Dylan, in the early sixties you and Bob Dylan were fairly close. Can you tell some of the first impressions on his music and how he had an effect on your music at that time?*

*Joan Baez: His music overwhelmed because it was, for me, everything that I needed. I didn't write songs and I'd been called an interpreter of song, I thought that's what I was, so it never occurred to me to write. And so I guess I was looking around for music that would say what it was I had on my mind and Bobby's stuff just said it.*

Joan Baez en la entrevista *Rock Influence, Recorded Live 11/4/1984*

*Bobby's stuff just said it.*

En efecto *Bobby's stuff just said it*. Si *Bobby's stuff hadn't just said it*, no estaría aquí en este momento tratando de resolver los asuntos por los que rompí un tarro de curry en polvo: ¿por qué nadie me embutió a Joan Baez como sí a Bob Dylan?, ¿puedo tener ídolas mujeres?, ¿qué tiene que pasar para que esto suceda?

Partes de mí habrían disfrutado más música de su autoría, y aunque esto implique una riña en mi estómago contra la originalidad y sus diabólicos componentes, puedo entender que hubo

algo en su ambiente sesentero que la constriñó, que la contuvo. *I thought that's what I was, so it never occurred to me to write.* ¿Qué habría pasado si se le hubiera ocurrido escribir, escribir más?, ¿qué habría pasado si la posibilidad de pensarse como una escritora se le hubiera presentado?

Sin embargo, hay algo en su figura, algo en el que nunca hubiera sido principalmente una escritora, creadora si se quiere, que me hace preguntarme, ¿qué es lo que le interesa a ella, si no es ser reconocida por su *genio*, por su habilidad de poner en palabra? (Sobre todo luego de vivir en el epicentro de una generación que no podía mover una articulación o tomarse un café sin escribir un poema sobre ello). Y no puedo pensar en otra cosa que le interese más que la verdad. Buscarla, sentirla. Más que cualquier originalidad sucia o secundaria. Es una cantante de folk.

Puede que sí, puede que a todos en este lado del planeta nos interese la originalidad, no podemos borrar nuestro ADN lastimosamente occidental, pero en ese caso diré que la búsqueda de Joan Baez —que, además ha tomado gran interés en despercudir cierta occidentalidad y cavilar en las prácticas orientales— es desinteresada. Es una búsqueda por lo que sea —una música, una ideología, una política de estado, una melodía— pero que tenga en ello verdad.

Así como la vemos sumirse en el canto típico de una mujer italiana en *Renaldo and Clara*, como la vemos arrullarse, buscando la melodía para acompañar a la mujer con su voz, esa voz lírica y entrenada que tiene, un instrumento sincero, así también es que Joan Baez ha perseguido toda su vida la verdad. Tal vez por eso estuvo involucrada en tantos movimientos y protestas sociales, porque había mucha verdad por destaparse.

Ella solo quiso escuchar y cantar la verdad, cantarla hasta que llegara a Bogotá, Colombia, a la calle sesenta y siete con segunda un 30 de noviembre.

Es como si Joan Baez hubiera sabido esto a la perfección:

*A folk song has over a thousand faces and you must meet them all if you want to play this stuff. A folk song might vary in meaning and it might not appear the same from one moment to the next. It depends on who's playing and who's listening.*

*Chronicles: Volume One.* P. 71. Bob Dylan.

Y nos lo decía no con palabras, no con teorías, sino con cada canción. Como un código. Sin nunca tener que escribirlo.

En sus canciones no busca destacar ella, Joan Baez, sino exaltar lo que otros han hecho, que es verdad para ella, y volverlo más verdad de lo que ya era. Como su versión de *I Once Loved*

*a Boy*, en la que básicamente relata algo que a ella misma le pasó, por la manera tenue, sencilla, propia en que la canta. Y que, cuando escucho yo, cuando pasa a mis oídos y atraviesa mi umbral de experiencia, de sensaciones, de cultura, de jugo personal, la siento como si fuera mía, mía, mía. Solo mía. Escrita para mí, y mía.

*I once loved a boy and the bold, brown-haired boy  
I would come and would go at his request  
And this bold, bonny boy was my pride and my joy  
And I built him a bower in my breast*

*And this girl who has taken my bold, bonny love  
May she make of it all that she can  
For whether he loves me or loves me not  
I will walk with my love now and then*

No la puedo cantar, nunca podría. No como ella. No quiero tocarla, la canción.  
Que se quede siempre con Joan Baez, sólo ella y yo sabemos lo que dice.

Y sin esta guitarra empolvada y medio muerta.



## 2

**Me estrello contra la acera:  
no puedo recordar qué clase de mundo hay fuera**

\*

*Pissing in a river, watching it rise*

*Tattoo fingers, shy away from me*

*Voices voices mesmerize*

*Voices voices beckoning sea*

*Come, come, come, come back, come back*

\*

El primer encuentro sexual que tuve con alguien diferente a Trivago fue tan poco apetitoso que me hizo pensar, jurar, o que el sexo no era para mí y que dentro de poco tenía que salir del closet de la *asexualidad* y afirmarme como uno de esos casos en los que nada se siente, nada se quiere, o que el único hombre que había para mí en la tierra era Trivago. Con sus aires de Jesús y su nariz puntiaguda, sólo él sabía tocarme, ponerme, quitarme. Yo no estaba lista para otras manos carrasposas, indecisas, violentas de pronto, yo me aferraría –hasta que me fuera negado el acceso– a las manos sonsas, gruesas y viriles de quien que me había enseñado que la mujer se hace abajo, en *doggy* o en posiciones verticales, y el hombre se hace arriba. Él lleva, lidera. Ah, y también todo se acaba cuando el hombre eyacula.

De modo que fue raro, inevitablemente, cuando me encontré en la cama de Princesi – cualquier amigo de una amiga incapaz de serle fiel a su novia– aventurándome en el ritmo de un solo trance que daba con las colocaciones más peculiares y extrañamente estimulantes, donde la horizontalidad se prefería sobre las jerarquías. Mis piernas, mis brazos, mi elasticidad se pusieron en uso por primera vez en seis milenios y sentí, sentí algo.

Todo apuntaba a que había un mundo más allá de los *doggys*, de las eyaculaciones masculinas, y de Trivago.

\*

Estoy acostada en el piso de mi cuarto, extendida como una estrella de mar. El tapete me acoge, me cuida. Llevo un buen rato mirando hacia el mismo punto en el techo. Sigo en él. Siento

a mis brazos abiertos sin que ninguna partícula se mueva, excepto por el imperceptible recorrido de mis ojos tratando de adivinar la forma de la mancha diminuta que descubrí hace diez minutos en el techo. ¿Un dinosaurio con una corona? ¿Una antorcha con cola?

Patti Smith suena desde mi computador y me propone el ambiente. *Pissing in a River*. Imagino que la canción suena lejos, reverbera como si mi cuarto fuera una bodega y contuviera un eco irresistible y seductor. Estoy trabada, sin estarlo –no hay porro, no lo conseguí cuando tocaba y ya qué–, y todo mi cuarto, conmigo, se une en este trance imaginario, y el humo sigue saliendo del cigarro como si estuviera sobre el platito que antes tuvo un té.

*Spoke of a wheel, tip of a spoon  
Mouth of a cave, I'm a slave I'm free.  
When are you coming? Hope you come soon  
Fingers, fingers encircling thee*

*Come, come, come, COME back, come back*

\*

Nos desvanecemos sobre la cama grande. Después de la agitación, de los mil movimientos, intercambiamos palabras con un aliento que hasta ahora se recomponía (yo te ofrezco terapia de pareja y tú me ofreces demostrarme que hay otros peces en este océano seco que es Bogotá).

–No me esperaba esto –musitó mientras reposaba la cabeza en el brazo y descubría su axila desbordante de pelos, lo que me recordó de lo peluda que estaba la mía, lo mucho que se me había olvidado, y lo pequeñísimo que resultaba.

–Ush, yo tampoco. Por favor dile a tu novia mañana mismo. Por favor –dije con risas de tonta. Porque solo así la toman a una en serio. También estaba alcoholizada.

–No, es que le tengo que decir.

(¿Qué creen, que le dijo?).

–¿Pero, y tú la amas? ¿A tu novia?

–Pues...¿puede que no? No sé, creo que no estoy enamorado.

Llegaba el amanecer terminante, como una obligación. Yo me tenía que ir, y así lo hice, cruzando la frontera que era su apartamento como una inmigrante, como si la casa de Princesi fuera la meca de la xenofobia y yo era la primera, la única indocumentada, y me fueran a atajar si me pillaban.

Salí corriendo. En puntitas. Ilegal.

\*

Ya van dos años desde que descubrí que cierto artista, libro o película no le pertenece a la persona que nos lo mostró. Ya van dos años desde que descubrí a mi propio Bobby.

Pero también, ya van dos años desde que caí en la cuenta de que Bobby y Leonard no sólo se habían vuelto míos: me habían narrado el universo, *un* universo (y con ellos Lou Reed, Robert Plant, Robe Iniesta, Spinetta, Charly García, Tim Buckley, Jeff Buckley, Alex Turner, Roger Waters, y los Beatles en mi adolescencia).

Ya van dos años desde que descubrí que, en ese universo, el único que yo conocía, no existían voces diferentes a las de los señores gringos, argentinos o europeos. Cantautores masculinos.

*What do you mean male?*

*Why do you make that distinction, male songwriters?*

Le pregunta Joni Mitchell al autor neoyorkino Larry Sloman en el documental de Martin Scorsese *Rolling Thunder Revue: A Bob Dylan Story*.

*What about my stuff? Don't you characterize my stuff in the same league as Bob or, you know, Leonard Cohen?*

No sé, Joni, no puedo decirte con certeza que sí, que, en efecto, todos te pensábamos y te hemos pensado a la par, en la misma liga, en la misma gradería que Bob o Leonard (y con lo que tú eres, Dios mío). Yo, por mi parte, por mucho tiempo sólo conocí a las Saras. A las mujeres cantadas. Pensaba, desde lo más insulso de mi ingenuidad que, como mujer en el ámbito de las artes, de las humanidades, una aspiraba era a ser la Matilde de Pablo Neruda, la Frida atada a Diego.

No conocía a las cantautoras, a las rocanroleras, a las guitarristas, a las ídolas. ¿Quiénes eran?, ¿dónde estuvieron todo este tiempo, ¿por qué nunca las vi?, ¿mi referente de ‘mujeres en la música’ (piernas largas y delgadas si blanca, piernas gruesas y tonificadas si morena o negra) se correspondía con las mujeres en la música?, ¿tendrían algo por decir, algo diferente, algo que no se hubiera dicho ya?

¿Cómo así que Bob Dylan y Leonard Cohen me habían narrado el universo? Sí, bueno, yo tampoco sé demasiado cuál es la respuesta a esa pregunta. Porque, pues, a ver:

- a) está la opción de que mi cabeza (y mi cuerpo) hubiesen comprendido las experiencias amorosas y de vida *de mujer* –anticipo que esto sí existe: yo experimento el mundo como mujer y dentro de las posibilidades que ello ofrece e implica– dentro del marco de las experiencias amorosas y de vida de ellos hombres, ricos en algún momento, intelectuales, primermundistas, blancos y famosos.
- b) pero también está la opción de que me hubieran narrado mi universo desde la idea fundadora que dejan sus canciones sobre lo que es una mujer, cómo son sus mujeres, cómo se relacionan con ellas, qué partes del cuerpo les ven, cómo las santifican, qué de las mujeres de sus vidas resulta lo más intrigante, lo más fastidioso, cosas así.

Así que no sé: ¿cómo me habrán narrado el universo? ¿Me hicieron más hombre? (Lo que sería genial, porque en ese caso me habrían dado licencias, permisos: te puedes sentir así, puedes hacer este gesto, puedes decir estas palabras, puedes hablar así sobre estas cosas, puedes sentir esto sobre cierta persona y decirlo de esta manera, puedes recorrer los caminos que quieras, camina por acá, por allá, coge este bus a ningún lado, puedes meterte con tantos como quieras, probar todos los sabores, puedes pensar cosas grandes, puedes ser así, así de grande), o ¿me volvieron más mujer-de-hombre?

\*

*Baby was a black sheep.*

*Baby was a whore.*

*Baby's gotten big,*

*And baby's getting bigger.*

*Baby got somethin'*

*Baby want more*

*Baby, baby, baby was a rock & roll nigger.*

*How do you like the world around you?  
Do you like what you see?*

*Jimi Hendrix was a nigger.  
Jesus Christ and grandma, too.  
Brian Warner (what a nigger!)  
Nigger, nigger, nigger nigger nigger!*

Me fascina Patti cuando grita en el micrófono como si nos fuera a matar a todos. Y sus cejas se ponen gruesas, sus brazos se enfibrecen (si eso pudiera ser un verbo, sería un gran verbo. El verbo de algo, como una parte de algo, de un cuerpo, que se vuelve más fibrosa), ¿tonifican, tensionan?, sus mechas, desordenadas ya, se le atraviesan por el rostro pero se frenan y se adhieren a la frente cada vez que rozan el sudor, sus labios se ajustan, se arrugan un poquito, intentando contener la rabia, la putería, la puta puta de la gran puta de las putas que solo da ganas de gritar: ¡ME CAGO EN TU PUTA HIJA DE PUTA! Su rabia machota se convierte en una sola turba, irrefrenable, incontenible. Putamente hermosa.

\*

–Mati, ¡quihubo! ¿Dónde andas? –me llamó Negras por teléfono, mi nuevo amigo. Resulta que empecé a hacer amigos (resulta que me di cuenta de que no tenía amigos).

Negras había llegado justo a tiempo. Lo había conocido el día en que la Alcaldía de Bogotá inauguró el bus que recorre toda la avenida carrera séptima: el bus naranja, el 18-3. Entre los estudiantes, se rumoreaba desde hacía días que era algo que iba a pasar, se escuchaban cuchicheos por el día, en los corredores mojados, lisos de tanta agua y sucios de las pisadas de botas que habían hecho grandes recorridos, transbordos y caminatas para llegar hasta sus clases, las personas discutían el acontecimiento con dicha y emoción. En las noches llegaban cadenas de WhatsApp con información extraoficial sobre la aparición del bus nuevo.

El primer día de su funcionamiento, todas las universidades del centro se reunieron en una misma parada de bus, fue la congregación universal, el día que llegó el Papa Francisco a Bogotá, estudiantes de todas las carreras que nunca antes habían interactuado entre sí, se empujaban, se halaban de los pelos pintados de morado, mono, pelos lisos, crespos, grasosos, cortos y con frizz, para llegar antes que el otro al puesto de la fila. Se veían todo tipo de gafas: ingenieras de sistemas,

diseñadores, filósofas, antropólogos, médicas, todas unidas por una misma causa: llegar hasta sus casas sin hacer un solo transbordo.

Entre tanto ajeteo, me ubiqué en un puesto de la fila con poco esfuerzo, sin ganas de rasgarme las vestiduras por ir sentada, sabiendo cuál era el fatal destino que me esperaba. Y mientras lo asumía, mientras me repetía “dos buses pasarán, en el tercero te montarás, ante todo la calma”, se acercó Santi, un primo con el cual no había interactuado demasiado a lo largo de mi corta vida pero que reconocía amable y cercano. Apenas me saludó, con sus pestañas descomunales, me preguntó:

–Oye Mats, ¿qué opinas de que compartamos un taxi? Yo te dejo y sigo.

–¡Santi! ¡Sí, hagamos eso, de una! –le grité, asustándolo.

–De una, de una. ¿Cuál es que es tu dirección?

–Vivo en la 67 con segunda.

Tres cabezas abajo mío en la fila –que ya se había calmado y las personas que la componían habían ocupado buenamente su puesto– se volteó un modelo ojiverde, su pelo oscuro, medianamente largo, venteando por Bogotá, y preguntó, esforzando la voz gruesa:

–¿Me puedo ir con ustedes?

Ese día nos dimos cuenta de que vivíamos al lado, y llegó Negras a mi vida así como cae la lluvia en *Dirty Dancing*, alegre y sonora. Como si la agonía del encierro en una oficina, en un Transmilenio abultado, en un salón de clase, en una simple casa, se viese despertada por una lluvia repentina, necesaria.

–Negritas, estoy en la universidad, terminando un trabajo. ¿Por?

–Uy, qué jartera, ¿y de qué es tu trabajo? Oye...no...pues te llamaba para que cayeras acá, a la casa de un amigo. Estamos acá parchados, tomando pola.

–De una. Yo caigo después.

\*

*I haven't fucked much with the past  
But I've fucked plenty with the future  
Over the skin of silk are scars  
From the splinters of stations and walls I've caressed...*

\*

Había entregado mi trabajo a las exactas 7:00 p.m. cerradas (corriendo y a última hora como siempre), me había encontrado con una amiga en La Pola, ella se aventuró a acompañarme, cogimos el hermoso 18-3 hasta la calle 60 y ahora nos encontrábamos frente a la fachada blanca de un edificio con muchos balcones, ochentero tal vez, al otro lado de la calle del Teatro Libre de Chapinero. Cuatro cuadras más al sur sonaba el punchispun de las músicas contrincantes de Theatrón y todas las discotecas del sector, pero esta calle estaba sola. Será que el teatro estaba en función. Más abajo, en la carrera trece, veíamos, como dentro de un marco, a las personas pasar con sus cervezas, con sus crestas, con sus tacones, con sus porros y sus garrafas buscando el desajuste. Se oían los gritos y las risas. La bulla. A nuestra acera llegaba nada más que el rumor de la aventura. La noche estaba cargada de un ambiente sugestivo, gigante, como si las luces de la cuadra, la música contenida y la arquitectura imponente, redonda del teatro nos dijeran: prepárense. Como si ese fuera el nombre de la obra que allí se anunciaba.

Vimos a Negras tras la reja de entrada del edificio, y en tanto se acercaba, detallé la Póker en su mano. Llevaba puesta una leñadora de cuadros rojos con azul. Él nos vio, la vio a ella. Sip, él puede funcionar para Luli. Y Luli para él. Perfecto, pensé, justificando idiotamente mi llegada a la fiesta de Negras (mira, te traje a una amiga, como si fuera la comida que uno le da a las mascotas). Luli, mi amiga, estaba tan desinformada como yo, pero, como me había dicho cuando nos encontramos, quería emborracharse:

–Marica, sí, acabo de salir de un parcial y quiero foforro. Te acompaño a donde sea.

Ella tenía el pelo negro, liso y largo, y las cejas cuasi perfectas (porque perfectas, lo sabemos, son hediondas). Llevaba una chaqueta de cuero negra, lo que le resaltaba más las cejas. Andaba de piel pulida siempre y los dientes, blancos, relucientes, habían sobrevivido con plenitud al tratamiento de los frenos. Luli estaba hecha para todo: estudiaba medicina, leía en el tiempo libre, le gustaba la música, se animaba para cualquier plan y lo daba todo. Nunca la he visto ser grosera con nadie. Una amiga todo terreno.

Negras nos saludó, los presenté, le coqueteó a Luli y nos presentó al dueño del apartamento, Jeremías, un hombre barbudo, sonriente y bien plantado, más bajo de estatura pero más moreno que Negras, y subimos por la única vía posible del edificio: las escaleras. Jeremías, agachándose, cerró la reja con llave y se nos unió, mientras subíamos nos iba contestando todas las inquietudes que Luli y yo teníamos sobre lo que era vivir frente al Teatro Libre y al lado de la Escuadrón de

Bomberos de Chapinero. Las escaleras eran anchas, blancas también y daban con una baranda blanca, finita, sencilla. Muy europeo todo.

\*

*...A stage is like each bolt of wood*

*Like a, log of Helen, is my pleasure*

*I would measure the success of a night, by the way, by the way I*

*By the amount of piss and seed I could exude*

*Over the columns that nestled the P.A.*

*Babelogue. Patti Smith*

Proclama ella, despelucada bellamente, seria, seria sin fingir un movimiento facial, pero sin dejar de moverse, de marcar el tempo con su cuerpo. Con los rasgos rígidos, la boca cerrada, mirando a un punto fijo, fijísimo en algún lugar en frente suyo que le dé estabilidad y dirección en medio de la humanidad revoltosa que se arruma en donde se acaba el escenario y comienza lo que llamamos *platea*, se prepara Patti Smith para abandonarse de nuevo en el grupo de palabras que va a declamar.

*Horses*

*Horses*

*Horses*

*Comin' in, in all directions...*

\*

El apartamento era una especie de *loft*, un espacio amplio y rectangular que comprendía la sala, el comedor y la biblioteca, es decir todo el apartamento salvo la cocina y los dos cuartos. A lo largo, una terraza daba contra la calle del teatro, creando un efecto cristalino en el lugar. La luz iluminaba no débil sino tenue, amarilla. Grupos de hombres llenaban todos los espacios, la terraza, el espacio entre el estante de libros y el parlante, los sofás, se veía humo y cervezas, más. En su momento me parecieron treinta, un bacanal de hombres, como si hubiera acabado de entrar a un *strip club*, pero luego, cuando los conocí individualmente, se achicaron y los fui comprendiendo en mi cabeza como *ese* grupo de amigos que se conoce desde los cinco años, *ese* grupo de amigos



que junta a las novias, *ese* grupo de amigos que sube fotos a Instagram con el hashtag #LaFamiliaQueSeElije, o algo por el estilo, cada uno con su sabor y en su rollo.

Negras nos presentó a cada amigo y los fuimos saludando. Como si fueran los siete enanitos (sin ser todos de la misma estatura), cada uno tenía un rasgo distintivo, unos eran altos, otros medianos, otros considerablemente bajos.

Esco, un músico, guitarrista –que incluso había traído la guitarra y la apuntó al presentarse– y Refel, un médico sencillo y amigable, se nos acercaron:

–Bueno, ¿y ustedes cómo se llaman? –preguntó Esco, el menos tímido pero también el más raro.

–Yo Matilde.

–Y yo Eliana.

Dijimos ambas sonriendo.

–Oye –hablándome Refel a mí– ¿me contó el Negras que son vecinos? ¿Cómo se conocieron? –me preguntó con esa sonrisa cordial de los primeros encuentros.

Me preparé como quien aclara su garganta y se da un leve tope en el pecho, me reí, y dele:

–Pues resulta que era el primer día del 18-3 y había mucha fila, pero muchísima... –seguí hasta que Negras llegó a la conversa para defenderse de mis burlas.

Me habían empezado a fascinar las preguntas, que me preguntaran cosas (y preguntarlas también): era el espacio oportuno para trabajar una habilidad cómica, insipiente que afloraba cuando intentaba contar historias. Las preguntas siempre me terminaban llevando a dos o tres digresiones –historias– que resultaban chistosas. No sabía muy bien que pudiera ser chistosa, generar humor (en lugar de serlo, ser el chiste), y mucho menos que esa pudiese ser la fuente de mi sociabilidad.

Con las preguntas me tomaba algunas libertades, aprovechaba para trabajar el arte de contar una historia bien contada, aprender a soltar un chiste cuando es y no quemarlo, a manejar cierto *timing*. Esto, obviamente (ya me quisiera ser George Carlin o Hannah Gadsby) pocas veces lo logré y hasta el día de hoy no sé si sigo siendo el humor o generándolo. En todo caso, me empecé a descubrir en la comedia, en la burla, en la auto-burla (luego vine a entender que ni yo respiraba, ni dejaba a los otros respirar, y menos los escuchaba, otra historia), empecé a abrazarme en mi rareza y me di cuenta de que muchas cosas extrañas pasaban con mi cara (la inadvertida rojez, por ejemplo), con mi boca (torcida en el lado izquierdo cuando se ríe), muchos pensamientos y

palabras extrañas salían de mí (confesiones penosas, algunas veces innecesariamente escatológicas) en el camino a conseguir una risa.

\*

Ahora está leyendo un poema directamente desde un papel. No es el mismo concierto en el que estaba cuando cantó *Babelogue* o *Horses*, ahí estaba más joven y con el pelo más largo. En este concierto ahora tiene más arrugas, pelo más corto, los labios parecen más pequeños, lleva gafas. Lee a Allen Ginsberg. Amigo, muy amigo de ella. Conmemora a Allen Ginsberg, pues supongo que él ya había muerto. En la tarima está Philip Glass, y él mismo declama en el piano mientras Patti lee:

*I noticed the grass, I noticed the hills, I noticed the highways,  
I noticed the dirt road; I noticed the car rows in the parking lot  
I noticed the ticket takers, noticed the cash and the checks and credit cards,  
I noticed the buses, noticed mourners, I noticed their children in red dresses,  
I noticed the entrance sign, noticed retreat houses, noticed blue and yellow flags  
Noticed the devotees, their trucks and buses, guards in khaki uniforms...*

Patti lee, y lee y lee con más fuerza cada vez, con más seguridad de lo que está en cada palabra, en cada frase, como si estuviera descubriendo algo nuevo, contundente, a cada momento que avanza. De pronto la página se le empieza a llenar de vida y algo se dispara, su voz asciende y parece que fuera a llorar, Glass lo nota, él empieza a incrementar el bucle, como diciéndole a ella: sí, sí, es eso, es exactamente eso, déjalo todo ahí, muéstranoslo, estamos aquí, estamos todos aquí, y entre este par de palabras Patti se quiebra y su voz también, pero no deja que se interrumpa la lectura, no deja que el sentimiento se apague, sino que se intensifica, y su voz quebrada, su voz llorando, grita más duro:

*I noticed the path downhill, I've noticed the crowd moving toward the buses  
I noticed food, lettuce salad, I noticed the teacher was absent,  
I noticed my friends, I've noticed our car, I've noticed the blue Volvo,  
I've noticed a young boy hold my hand  
Our key in the motel door*

En medio del sentimiento, Patti escupe sin querer mientras pronuncia una palabra con vehemencia y una baba se queda atrapada en su labio. Pero no hay tiempo, no hay tiempo, es este poema o nada, es este momento o ninguno:

*I noticed a dark room, I noticed a dream  
And forgot, noticed oranges lemons and caviar at breakfast,  
I noticed the highway, sleepiness, homework thoughts, the boy's nipples chest in the breeze  
As the car rolled down hillsides past green woods to the water.  
I noticed the sea, I noticed the music – I wanted to dance.*

*On the Cremation of Chogyam Trungpa Vidyadhara (1987). Allen Ginsberg.*

Patti lee el resto del poema con la boca hecha saliva, como cuando no hay tiempo para respirar, y todo simplemente se pone más hermoso. Y entonces, ella se vuelve real.

*Skavlan: Would you call yourself a perfectionist?*

*Patti Smith: (laughs). No, well, when I'm writing, when I'm doing a drawing, when I'm writing a poem, I have an expectation of perfection. But when I'm performing, singing, or, you know, with people, I don't care about any of that. For me, the most important thing is communication. And I'll communicate at the expense of...you know...to get a laugh, I don't mind if I look foolish, I don't mind if I fail a little or make a mistake, as long as I feel that the people and I are staying in tune with each other.*

Entrevista a Patti Smith en el show del presentador Skavlan.

Patti Smith permite que en su cuerpo viva hasta la última dosis de un sentimiento, de una leve sensación, de una risa, para dárnoslo a nosotros. Es una transmisora de la verdad. Me uno a ti Patti, gracias por la baba, estás haciendo mundo a cada rato, y me estás diciendo que sí, que la rareza es lo más extraño e indecible del ser humano, que la torcedura de mi sonrisa, la anarquía de mi pelo, la falta de cejas y de pestañas cuando se exalta la rojez también contribuye, tal vez también comunica. Que la comunicación se da más en las imperfecciones que en las perfecciones. Gracias Patti.

\*

Esa noche conocí a MK (eme-ka, no *marica*). MK, el acertijo indomable, el buitre, el toro con cachos de señor elegante y descompuesto, la boina con tenis deportivos. Surgió sigilosamente entre los amigos de Negras, fue apareciendo y cogiendo importancia a lo largo de la noche y la conquistó –mi atención fijada en él, ahora yo el buitre– cuando, reunidos los pocos que quedábamos, raspando la fiesta (hasta Luli se había ido al desesperarse con Negras), tocábamos guitarra y él le dijo a Esco:

–Venga, tóquese una de Extremoduro.

Me volteé, lo miré. Estaba rapado y era trigueño, tanto lo que se alcanzaba a ver de su pelo como su piel, sus rasgos eran agresivos y descomunales, los ojos gigantes, verdes, la nariz ancha, la boca más grande que carnosa, las manos flacas y gruesas, como si pudieran cogerlo todo, se le veía descuidado, muchas arrugas, todo en él era enorme, me llevaba dos cabezas a lo mínimo. Era flaco, de esos que nacen así.

No era común que alguien solicitara una canción de Extremoduro en una tocata. Eran canciones propias más bien de las sectas, que himnos universales. Andrés Calamaro, Caifanes, Los Héroes del Silencio, Fito & Fitipaldis, Sui Generis, Shakira –que en efecto había interpretado cuando me preguntaron si tocaba guitarra e hice un intento desafortunado por tocar, más bien equivocar, *Dónde están los ladrones*–, hasta Maná y Los de Adentro, hacían parte del repertorio que un músico debía tener. Me uní a su petición.

–¡El Segundo Movimiento! –dije pese a que fuera una petición irreal, por lo intocable que era (de verdad, requiere de muchos de instrumentos, es demasiado larga, y tiene tantos cambios que más bien necesita de un concierto en el León de Greiff para tocarse, y memoria de elefante). Hasta el momento yo solo conocía un álbum de Extremoduro y se llamaba “La Ley Innata”. Era un álbum conceptual, las canciones podían durar desde cuatro minutos hasta once, y la única que duraba cuatro minutos era tan triste y depresiva que mejor los mataba a todos con una botella rota antes que pedir esa canción. Mencioné el “Segundo Movimiento” para decirle a MK: yo también los conozco. Tal vez por su carácter de secta es que resalta quien también los ame.

–Uy, ¿conoces el Segundo Movimiento? –me preguntó, dejando claro que le había interesado, sorprendiéndose buenamente. Sí, llevo una camisa de florecitas, soy mona y corriente, y también me gusta Extremoduro, es casi lo que tiene que decir una, así no sean cosas excluyentes.

Nos quitamos la ropa esa noche. Hablamos de nuestras carreras, él de lo que le habría gustado estudiar, yo de lo que me habría gustado no estudiar, pidió más cerveza, Club Roja esta vez, y me recitó el “Relato de Sergio Stepansky” de León de Greiff antes de preguntarme:

–¿Te puedo preguntar una cosa?

–Sí...

–¿Te puedo quitar el brasier?

Me llamó “la literata”, yo lo odié, y me agregó a WhatsApp. Muy cursi, muy inofensivo. Pintaba bien.

Otro amanecer me dejaba saber que yo era Cenicienta –por si no había quedado claro cuando me fue recitado un poema en el acto sexual– y tenía que volver a mi casa. Mi padre suele dormir mal y poco, entonces se levanta a las 6 de la mañana, si no antes. No es que disfrute verme llegar de día. Eran las cinco en punto. Pedí un Uber, nos dimos un beso de despedida –Cenicienta a veces da demasiado, no corre en puntas sino con zancadas y también se despeluca– y me fui. Me llegó un mensaje instantáneamente que leía “la literata” con emoticones de corazones y besos, me entró un saludable y leve *cringe*, y sonreí.

*A strange boy is weaving  
A course of grace and havoc  
On a yellow skateboard  
Through midday sidewalk traffic*

*A Strange Boy.* Joni Mitchell.

Esa noche alteró mi futuro. Por conocer a MK, sí, pero también porque, sin saberlo, había llegado a mi vida un amigo imperceptible pero definitorio en lo que venía: el guitarrista con el que más adelante formaríamos una banda, Esco.

\*

Es raro, todo es raro en Patti Smith, porque una espera ciertas cosas, una espera rebeldía incendiaria –literalmente, que prenda en fuego un establecimiento o apalee una guitarra–, uno espera una adicción fuerte a las drogas, uno espera groserías y pistolitas en público. Pero Patti simplemente no estuvo configurada para resultar predecible, para entrar en un molde, ni siquiera para entrar en el molde del punk. Por eso mismo, creo yo, *es la madre del punk*.

Me da risa que se la asocie más a ella con las drogas que a Joni Mitchell, por ejemplo –que escribió todo un álbum refiriéndose a las *white lines*, es decir la cocaína, que consumió durante su paseo en la carretera en el *Rolling Thunder Revue*–. Como mi mamá, que, mientras vemos *Patti Smith: Dream of Life* –el documental en el que recuerda su vida en pequeños fragmentos, reminiscencias, a través de objetos como la primera camiseta de su hijo o su guitarra legendaria– la mira despelucada y canosa, hablando sobre alguna mariposa o polilla y dice:

–Hm. Debe estar drogada.

Claro, mamá. Muy esperable. Gracias por confirmar mis sospechas sobre los estereotipos en torno al punk, me retiro lentamente de tu cuarto para ver esto en silencio, no te vuelvo a mostrar mi mundo, *cómo te atreves*, hasta luego.

–Ay, Mati. Qué tal. Haz lo que quieras –me dice mi mamá con bastante razón.

La verdad es que ella no habría podido componer como compuso, entregarse en los escenarios como lo hizo, putear bellamente como lo hizo, escribir todos esos poemas y libros, y criar a sus dos hijos, así como acompañar a su esposo en la muerte, si no hubiera sido por su disciplina, por su amor hacia la vida, y su seriedad. Ella lo que está es centrada. La que vemos en el escenario, esa mujer que hierva, esa mujer que aprieta la mandíbula, esa mujer que frunce el ceño con rabia y firmeza, es ella, es la del escenario:

*I was always shocked at how aggressive I was, because normally I'm pretty even tempered. But I have these feelings in me, because there is so much injustice in the world, that I can't help feeling a certain amount of rage. Performance has always been a way for me to channel that rage. It 's been a very good vehicle.*

Le dice Patti Smith a Jefferson Hack, editor de la revista *AnOther*, en una entrevista.

¡No, pero ella tiene que meter drogas!

\*

Hace un tiempo había empezado a tomarme las calles, a tomarme todas las cosas que se me ofrecían sin predisposición alguna. Pero con los días aumentaba la necesidad de sonorizar esta sed de locura. Le había perdido miedo a la noche y me encontraba varias veces en ella, sola y energética, segura de que si los audífonos funcionaban y daban al máximo, podía caminar por

cualquier callejón, inflando las fosas nasales, apretando la mandíbula, repitiendo las palabras en silencio con vehemencia y rabia, y tocando la guitarra de “El día de la bestia” en el aire.

Abre  
 Abre  
 la puerta  
 que soy el diablo que vengo con perras.  
 Abre, chiquilla,  
 las piernas que vengo a clavarte semillas.

Como cada día, el infierno me aburría me fui de bar en bar.  
 Vi a la Virgen María, cansada de ser virgen, metiendo en un portal.  
 Si llega la policía, no es pecado, vida mía, ponerse a disparar.

El día de la bestia. Extremoduro.

Era violento, era lo que quería. Sin estar de acuerdo, sin pensarlo demasiado, simplemente quería putear. Si los transeúntes se repugnaban, se asustaban, o se prevenían, estaba funcionando (a veces simplemente se cagaban de risa). Era mi manera de vivir esa adrenalina que me había despertado el conocer un mundo más allá del “buenas noches, te amo. Buenos días, ¿cómo dormiste?”, pero también era una manera de sentirme segura, de protegerme en la calle. Desde que MK me había validado el amor por Extremoduro, cosa que Trivago había condescendido con su moralidad liberal cuando le mostré el “Primer Movimiento” y su única reacción había sido “bonita guitarra, creo que es una Gibson LesPaul”, me entró la necesidad de descubrir *a fondo* a esta banda. Cada canción, cada álbum, ¿cuál fue el primero?, ¿quién es el cantante, ¿quién el guitarrista?, ¿videos inéditos?, me fascinaba que fuera tan diferente y decididamente pesada en comparación con lo que Trivago llamaba “rock en español”, quería llamarlo y decirle “ay, lo que te falta por vivir”, como tantas veces lo escuché de él.

MK fue una avalancha. Hablamos largas semanas por medio de WhatsApp. Nos veíamos muy poco, en fiestas, cuando aparecían, y su persona se volvió un personaje que construí con los dos intercambios reales que había tenido con él. Me evadía, me empujaba a los límites sin siquiera tocarme, a límites que yo disfrutaba. Me choqué contra un muro lleno de moho y restos de comida, un muro en proceso de descomposición, suave, que en vez de rebotarme por la inercia del golpe, me succionaba, me acolchaba.

MK me dijo siete cosas:

–No, me tramaste desde que dijiste lo del Segundo Movimiento.

–La estrategia del caracol, dios mío, me vuelvo loquísimo, qué película.

–Perdón, estaba viendo al amor de mi vida, ¡MILLONARIOS F.C.! ¡VOLVEREMOS, VOLVEREMOS!

–¿Pogo en Estéreo Picnic? Ja, creo que nunca he escuchado algo más gomelo que eso.

–Oye, tienes los ojos más lindos que he visto.

–Já, no sé, odio las cosas que hablan sobre el punk.

–Revisé mi agenda. Podría en dos semanas.

Y desapareció.

*Just when I think he's foolish and childish  
And I want him to be manly  
I catch my fool and my child  
Needing love and understanding*

*A Strange Boy. Joni Mitchell.*

Desaparecía y volvía, nos veíamos en alguna fiesta y después de cincuenta acontecimientos, cuatro botellas de vino, tres mujeres y siete gritos, siempre me buscaba al final para demostrarme *que podía*. Y podía. Y yo lo buscaba, le pedía explicaciones, le pedía porqués. Una vez, en una noche nueva, a las tres de la mañana, dionisiaca y repugnante, le pregunté:

–MK. Mírame. ¿Por qué te haces el guevón?

–Ay, corazón, tú eres la que está jugando este juego.

MK de repente giró, miró para otro lado en una desesperación poco cuerda, alzó su brazo, titubeó por un segundo, pero luego con impulso y decisión lanzó su mano descomunal, y su palma dio contra mi cachete. Sonó, sonó durísimo. Negras estaba al otro lado del salón comunal –cabe anotar que no estábamos en un recinto solitario o cerrado, esto fue un espectáculo que MK estuvo dispuesto a dirigir en la mitad de una celebración báquica– con otra amiga mía, Ana, y ambos se acercaron a preguntarme que qué había pasado. Negras y Ana se quedaron conmigo, me decían:

–¿Qué putas?, sonó durísimo.

Yo me reía. Me reía nerviosamente, me reía como último recurso, me reía porque no entendía, me reía de verdad. Jeremías, que resultó ser el primo de MK, se quedó con él y le preguntaba que qué le pasaba. Más entrada la noche, con mayor incomprensión y necesidad de



explicaciones, volví a él. Obtuve otra cachetada, nuevamente –esta vez con algún orgullo de su parte–, y un:

–¿A ti te gusta que te peguen, no?

¿Y yo? ¿Qué hacía yo ante todo esto? ¿Cómo manejaba?

Yo le respondía.

–Sí. –y volvíamos a lo nuestro, con revolcones y “yo sé que yo te gusto”. Como una auténtica imbécil, como si yo no solo fuera el traperero sino que además tuviese poderes mágicos para posarme en su mano sin que él tuviera que pasar por ningún esfuerzo para trapear su suciedad conmigo. En mi lógica momentánea, embriagada por supuesto, estaba la convicción de no dejarme aplastar, ¿y cómo era más fácil que él me aplastara? Diciéndole: no, no me gusta que me peguen. (Lo que daría hoy por rebobinar en esta película y gritarle a la primera: ¡no me pegue, imbécil, respete a las personas, no me vuelva a tocar, malparido bobo!)

No había nada en él que yo comprendiera, todo me descolocaba, no sabía si empujarlo y alejarlo, o ver hasta dónde podía llegar, tanto él como yo, cuánto podía llegar a valer yo, cuántas súplicas me cabían en el cuerpo. Además, por cada argumento que surgía en mi cabeza sobre su evidente violencia, aparecía un pensamiento, un contraargumento tal vez, que me hablaba de una sensibilidad que él había machacado desde pequeño, un miedo que debía esconder el pobre niño.

*He keeps referring back to school days  
And clinging to his child  
Fidgeting and bullied  
His crazy wisdom holding onto something wild*

*A Strange Boy. Joni Mitchell.*

Me regocijaba en mi inacción como si fuera algo voluntario. Él era un toro bravo, sí, realmente hacía de las suyas, pero yo no solo lo permitía, sino que lo contemplaba desde la pasividad. Y todo junto, simplemente me hacía querer dar ese gran grito.

*Inside of me I'm crazy I'm just crazy.  
Inside I must continue.  
I see her, my stiff muse,  
Jutting around round round  
Round like a broken speeding statue.*

[...]

*The artist must maintain his swagger.  
He must he must he must be intoxicated  
By ritual as well as result.  
Look at me I am laughing.  
I am laughing.  
I am lapping cocaine from the hard brown palm  
Of the bouncer. and I trust my guitar.*

*Therefore we black out together.  
Therefore I would run through scum.  
And scum is just ahead, ah we see it,  
But we just laugh.  
We're ascending through the hollow mountain.  
We are peeking.  
We are laughing.  
We are kneeling.  
We are laughing.  
We are radiating at last.*

*This rebellion is just a gas  
Our gas a gas that we pass.*

*High on Rebellion. Patti Smith.*

\*

En la misma entrevista para la revista *AnOther* con Jefferson Hack, Patti nos cuenta que ella no encontraba nada de sorprendente o de nuevo en el consumo sistemático de drogas. Como muchas cosas (como todo, añadiría yo), las drogas requieren de un ritual, no en sentido protocolario, sino en el sentido de que su uso venga con algún nivel de consciencia.

*When I came to New York in the centre of drug culture in 1967, I saw all these people around me, all this drug use, without any spiritual or aesthetic meaning, or any kind of direction, just partying, using drugs, being slaves to them, and I didn't understand that. I found it very disrespectful. I didn't think people shouldn't take them, but I thought that they should be taken seriously. I don't believe drugs should be taken for recreation and so casually. I thought that then and I still believe it now.*

Yo nunca tomé drogas (y lo digo en un pasado que ya terminó porque ahora qué se va a poder meter), ni las busqué, ni me encontraron. Siempre he sentido que con mi cabeza tengo. Que yo

solita, sin ninguna ayuda, llego a estadios que me superan, muevo extremidades, o las siento moverse sin darme cuenta. Brinco por inercia. Por supuesto, no sabría. A veces le tengo miedo al efecto que pueda tener una droga en mí, multiplicarme por ochenta yos, mandarme disparada a Monserrate en la oscuridad. Cosas en la vida me dicen que no domino el arte de la medida.

(Pero, honestamente, en estas circunstancias que manejo ahorita, que no vuelvo a tomar un bus a toda velocidad, que no recuerdo la sensación del contacto humano, que no siento el frío de las tiendas de barrio a las seis de la tarde con la Póker helada y gaseosa, el frío con amigas, con amigos, gratamente me dejaría sorprender por el efecto, así entre en reversa, de cualquier droga *que me drogue toda la noche*:

todavía no encuentro ese poema  
que me drogue toda la noche  
todavía no encuentro esa mandarina imposible  
que distraiga el tedio de la muerte  
o me haga alcanzar finalmente la locura

todavía no encuentro ese poema de mierda  
con el que pueda dejar de sentirme  
como un parásito  
en los sofás de mis amigos

todavía no encuentro ese poema  
que me drogue toda la noche  
y todo lo que alcanzo con las manos  
es tan falso como las promesas de mis ojos

todo se derrumba ante la falta de vicios  
todo es más oscuro sin las máscaras  
todo es tan frágil sin un pase de perico  
todo tan tranquilo sin un ácido  
que no entiendo  
que no puedo soportar  
que ya no aguanto  
este juego vanidoso de la droga

Fragmento de un poema de Tomás Collazos que no tiene nombre, o no sé si lo tenga, porque lo recibí una noche en hojas de papel destartaladas y empapadas en sudor. Son esas mismas hojas con las que transcribo. Me entregó su poema luego de declamarlo en un toque de Mekonio porque le dije luego que me había gustado mucho. No lo volví a ver).

Hace poco, antes del encierro, me enteré de que MK anda empericado, adicto. Lo echaron de un rematadero el otro día. No sé si me sorprende o no. No sé si creerlo o no. En algún momento hay que superar el punk, sin que esto implique abandonarlo.

*What a strange, strange boy  
He still lives with his family  
Even the war and the navy  
Couldn't bring him to maturity*

*A Strange Boy.* Joni Mitchell.

\*

A falta de las drogas, a falta del speed y la cocaína, —aunque luego de noches con una exuberancia de alcohol— encontraba mi catarsis en la escritura (también había comenzado a trotar, y alcanzar el *high speed* de la trotadora era lo más cercano a estallar por dentro). MK no era el único límite con el que me había topado: había otras paredes, otras palmadas, otros excesos que no pude prever, pero en MK yo podía conjeturarlo todo, en él estaba el resumen.

La vida que estaba viviendo se me desbordaba de las manos, en la escritura me daba cuenta de que no tenía cómo atajarla, no había palabras que la contuvieran, y también ella se me escapaba a mí como *ser autónomo soberano* —concepto derivado de *Nietzsche*, la clase que estaba viendo con la profesora Laura Quintana—. La escritura ponía de relieve la poca agencia que yo (simplemente por perezosa) tenía sobre mis decisiones, sobre mi vida, sobre mí misma.

Desde la noche de las cachetadas, que no fueron el único acontecimiento de la noche, Esco me había propuesto que nos juntáramos para tocar. Yo le contesté emocionada que sí, que incluso había estado escribiendo y que me gustaría mostrarle un par de letras que tenía.

Entonces un día llegó a mi casa. Llegó en un carro, yo lo vi llegar desde mi terraza y rezaba por lo que más quería en el mundo que el encuentro no fuera raro. Mis papás andaban viajando mucho los fines de semana y no estaban en la casa, y yo no quería que Esco pensara, por el silencio del lugar, que algo podía pasar entre nosotros.

Pasaron muchas cosas entre nosotros. Cantamos “La vereda de la puerta de atrás” en coro los dos,

(Sus soldados  
son flores de madera  
y mi ejército no tiene bandera, es sólo un corazón.

Condenado  
a vivir entre maleza  
sembrando flores de algodón.

–Acá el asunto se ponía bueno y a ambos nos empezaba a faltar el aire, las venas del cuello a tope–:

Si me espera la muerte traicionera  
antes de repartirme, del todo, me veo en un cajón  
que me entierren con la picha por fuera  
pa' que se la coma un ratón.

Y muere a todas horas gente dentro de mi televisor  
quiero oír alguna canción que no hable de sandeces  
y que diga que nos sobra el amor y que empiece en sí, no en no).

Cantamos “Jesucristo García”, y me mostró “Deltoya”, su favorita de Extremo.

El sonó su guitarra con las melodías más precisas y coloridas, me despertaron, avivaron mis palabras y las reordenaron, yo iba metiendo cucharadas en su sonata y encajaba rimas mientras él entonaba la música acorde a lo que iba pasando. Del encuentro salió una canción.

–Pinche Mati, marica, armemos una banda.

*As long as I can remember, I sought to be free. I fled the confines of a rural existence, said farewell to the factory, squared dancehalls, the withering orchards.*

*Patti Smith: Dream of Life. (2008). Steven Sebring.*

–Ush, Esco. De una –le dije con una exaltación verdaderamente inesperada –Pero yo no conozco a nadie. O sea, conozco a un bajista que alguna vez salió con mi hermana, pero hasta ahí. ¿Tú sí?

Él sonrió como sonríe antes de hablar, como preparándose, o tratando de no sonar prepotente.

–Pues yo la verdad sí conozco un par de gente. ¿Miguel?, ¿te acuerdas de Migue? Bueno, él es batero. Mmm...no, no sé, tengo un par de amigos que yo creo que sí se animarían a hacer una banda.

–¡Marica! Ush, sería muy loco. ¿Te imaginas?

Volvió a hacer ese suspiro-reído suyo.

–Pues la verdad yo he tenido un par de bandas. Es bien bacano. No, pues les voy a escribir. Mejor dicho, si tú estás así que dices, de una, yo les escribo con toda. Con toda, Pinche.

Alrededor de unos cuatro meses después, luego de reunirnos con dos amigos de Esco e intentar algunas canciones (incluso habiéndoles mostrado canciones que teníamos en crudo, canciones que querían ser rebeldes y resultaban penosas), logramos juntar a un guitarrista: Mendoza. Mendoza era amigo del colegio de Esco, también estudiaba derecho y también era un aficionado por la guitarra. Ambos eran metaleros, Mendoza mucho más, era un *geek*, de esos que descargan toda la música en su consola todo terreno, no se le escapaba un solo álbum, una sola canción de Iron Maiden o Mago de Oz. Tarde nos vinimos a enterar de que tenía un canal de YouTube en el que subía solos virtuosos de guitarra y hacía *batallas* con otros internautas guitarristas. Estaba obsesionado con Dragon Ball Z.

En lo que buscábamos la batería y el bajo, Esco y yo –a veces Mendoza se pegaba– nos reuníamos a menudo en mi terraza a tocar canciones, y a componerlas también. Esto sucedía usualmente por la tarde, cuando se acababa el ajetreo laboral y pegaba el atardecer como un dardo que aterriza lánguidamente, una bala suspendida en el aire. A estas alturas, literalmente, las alturas del día, las alturas de la terraza, Bogotá, yo me volvía libre. No sabía cómo ni cuándo había llegado hasta ahí, qué decisiones había tomado ni si era yo la que estaba cantándole a la guitarra de un amigo, intentando otro lenguaje. Sin saber cómo había pasado, mi vida era gratamente otra, había vida, había viento.

*I had in mind to become an artist, a poet, and through that pursuit I found my beat and the root of my voice.*

*Patti Smith: Dream of Life.* (2008). Steven Sebring.

Las canciones empezaron a salir sin ningún esfuerzo, yo casi que escribía todos los días y con Esco en mente, sabiendo que iba a entregarle ese pedazo de texto para ver qué tal compaginaba

con lo que él me fuera a proponer. De repente nos encontrábamos y surgían dos estrofas y un coro, y celebrábamos con cerveza y arepa.

*Standing before large sheets of paper, tacked to a wall, reciting Sylvia Plath and Rachel Lindsay and Oscar Brown Junior. Frustrated with the image, I'd drawl words instead, rhythms that ran off the page into the plaster, writing lyrics of all from the physical act of drawling words, and later, refining this process, led me to performance, to collaboration, to playing with a rock and roll band.*

*Patti Smith: Dream of Life.* (2008). Steven Sebring.

\*

Y bueno, no resulté poeta. O al menos no me veo acá declamándole poemas a los vecinos del barrio desde mi terraza, como quien toca un saxofón o canta ópera, para endulzar esta claustrofobia. No he vuelto a escribir tampoco. Parece que iban juntas, la música y la escritura. La guitarra y la escritura. Desde hace quién sabe cuánto a ambas les cogí tedio, si no pánico.

A la escritura –y por esto me refiero a la poesía y a las canciones que salían sin demasiado esfuerzo o premeditación, a escribir lo primero que me saliera de la cabeza, fuera una rima tonta o una palabra básica, sencilla, lo que fuera con tal de que viniera de algún lugar mío, sin juzgarme ni opinar demasiado sobre ello– creo que le cogí miedo luego de ver los talleres de escritura, especialmente el de poesía. “Dices demasiado para decir tan poco”, “ese cliché está intolerable, demasiado cursi, de verdad el epítome de lo cliché”, “la rima no funciona, es un poco infantil”.

Y bueno, son ayudas que sirvieron, tampoco me iba a creer yo, pues, que al primer documento que entregara me dijeran todas mis compañeras “uao, de verdad nadie en este salón sabe por qué no has sido nominada para un premio Pulitzer, impecable tu trabajo”. Y tampoco he escrito nunca para un premio Pulitzer. Como todos, escribo para concretar algo en ebullición, pero ahora qué voy a poder concretar (o liberar) si los juicios estéticos que empapan mis palabras ni siquiera dejan que ellas nazcan y mucho menos que se junten. Soy yo la que ahora se dice: “esto no funciona”, “estás sobre explicando”, “¿no conoces palabras diferentes a ‘atajar’ y ‘rumor’?”, “ah, supongo que vas a volver a escribir el mismo poema”, “¿sí sabes que Don Quijote y Rocinante son los recursos más usados en toda la literatura universal?”.

Si me prohíbo sacar lo que quiere salir, ¿cómo voy a saber qué es lo que quiere salir?

Miro al piso haciendo nada. Atropello entre los dedos índice y corazón a mi portaminas, mis piernas están estiradas, separadas y abiertas como si quisieran abrirse en *split*, tengo la libreta en mi entrepierna pero solo puedo mirarla con una joroba intolerable que, espero, me haga zafarme de una vez de esta posición ridícula. Tengo ideas, tengo bastantes ganas, tengo experiencias nuevas, quiero escribir, quiero correr como hacía antes, quiero meterme en un pensamiento y de él derivar cien, pero lo que sea que haya escrito “hace ocho meses no toco la guitarra”, en este caso, no es suficiente. No sale nada, no puedo sacarme nada, ni siquiera una rima fácil o algo que me haga despegar. Miro hacia el piso y solo puedo extrañarme a mí misma, extrañar la ingenuidad de cuando estaba segura de estar haciendo algo bueno, algo que me funcionaba a mí.

\*

Y la logramos, la banda. Yo no era una miembro ejemplar: no había estudiado música y no sabía mucho más que la escala musical o sobre el funcionamiento básico de una guitarra, no tocaba ningún instrumento realmente, mi virtuosismo era nulo y mi voz –a la que no se le oía un jopo cuando se le encimaba una batería, un bajo y dos guitarras eléctricas– propia más de una cantante aficionada que de alguien con algún entrenamiento. Lo único de musical que tenía era a mi papá, músico y pianista de jazz de profesión, pero eso de qué iba a servir en este escenario, él no iba a tocar por mí, él no tenía cómo afinarme cuando yo ya dejaba de escuchar mi voz por lo duro que sonaban la batería y las guitarras. Por más de que ninguno de nosotros fuera un estudioso, salvo Fruz, el bajista, y tal vez Mendoza por su fanatismo, ciertamente yo era la que más destacaba por su poca experticia. Yo le aportaba a la banda desde el único territorio que me era familiar, y eran las letras, las melodías.

Era fácil para Esco y para mí juntarnos a componer, bien que mal, había confianza, alguna intuición me había dejado el haber crecido en el mundo silenciosamente sonoro de mi papá, alguna percepción musical tenía que me permitía identificar una melodía, hasta bonita podía llegar a salir. O afinada, al menos. Esto me salvaba, de alguna manera. Esco y yo éramos los que traíamos las canciones a los ensayos, le dábamos forma a la semilla.

Me costaba moverme dentro de este nuevo grupo con esa desventaja inicial (y que salía a relucir de vez en cuando, sobre todo después del primer ensayo) pero tampoco me veía ni me sentía con la capacidad recortada: en el momento estaba tan entregada a arrear algo, a construir algo,



a hacer una cosa más con las canciones que solo cantarlas en mi terraza, que no sentía algo diferente a fuego, empuje, energía. No me sentía inferior, tampoco era un concepto que existiera. No existía la inferioridad, no la superioridad. Cada quien destacaba y se equivocaba en algún momento, pero nuestro tiempo era lo más parecido a un continuum y las cosas simplemente continuaban: seguíamos ensayando, seguíamos echando rulo, seguíamos tomando cerveza en la tiendita al lado de *Jam Sessions* y comprándole empanadas al vendedor ambulante que llegaba los jueves en la noche. Fue el verdadero Edén al principio, todos nos entendimos, nos quisimos y nos aguantamos de primerazo, y yo confiaba tanto en la actividad creativa que estaba llevando a cabo que me apoyaba en mis otros fuertes.

También había ido dejando la guitarra de a poquitos y, en lugar de lanzarme en clavado para estar a la altura de Esco y Mendoza (que habían empezado a los ocho años, tal vez), había preferido mantener una distancia rígida con respecto a mis habilidades musicales: yo cantaba y componía, y si iba a ver clases de algún tipo serían clases de canto.

“Los Matildos” nos llamábamos. Duramos un largo rato en dar con un nombre, además de que no había sido mi idea, me opuse gruesamente a que esto sucediera, pues lo último que quería era que el nombre de la banda fuera un rastro de mi egolatría, característica que además estaba empezando a aflorar en mi superficie con bastante vehemencia, sobre todo desde que había empezado a escuchar rock, rock pesado: “yo sí puedo tolerar toda esta rabia, yo sí puedo navegar por este territorio vertiginoso y oscuro, lleno de pelos. Ja, pobre de Trivago, saldría corriendo como un cachorro ante un búho al minuto que oyera mi música o viera el tierrero, la vida de mierda que ahora me seduce”. Se me habían empezado a subir los aires por encontrar algo, por saber cierto tipo de cosas, conocer a cierta gente, escuchar cierta música.

Tampoco queríamos tener un artículo masculino y plural en el nombre, como si no fuera evidente ya que éramos una banda de rock. Los Caligaris, Los Rodríguez, Los Búncers, Los de Marras, Los Delinquentes, Los Espíritus, Los Fabulosos Cadillacs, Los Prisioneros, The Beatles, The Strokes. En fin. No queríamos hacer parte de este desfile de sustantivos. Nosotros éramos originales.

Nuestra herencia –así hablaba yo, de *herencia* y tales, hasta me imaginaba hablando así en entrevistas en el futuro, relatando el pasado y surgimiento de *Los Matildos* cual fenómeno universal– era una mezcla de rock en español, metal, un poco de punk (en tanto me dejaran infiltrarlo), algo de rock clásico como Led Zeppelin, Red Hot, The Police y pues obviamente el

rock de la infancia como Guns N' Roses. Se podría decir que nuestra identidad era una licuadora muy entusiasmada por revolver los ingredientes, pero sin hacerlo todavía.

A Mendoza y a Esco les había parecido chistoso el nombre “Matildos” para la banda, era el único, realmente, que podía funcionar. Era impreciso, raro, no tenía un referente o un significado fijo aún: podía perfectamente fijarnos a nosotros. ¿“Bachué”? Un cliché Bogotano. ¿“La chichamocha”? Predecible, aburrido y machista. ¿“Tinto y pola”? ¿es necesario explicar?

Fruz y Carrillo, el bajista y el baterista, habían expresado al entrar que el nombre no les molestaba y les parecía hasta simpático. Ellos eran amigos del colegio, de esos amigos cuya amistad ha durado tanto que trasciende los cambios de gustos y personalidades que trae el tiempo. Eran diferentes, Carrillo era un adulto serio, abogado, bebedor y reguetonero, deportista de maratones y triatlones, bien puesto y para cada ocasión muy elegante, y Frúz era un ciclista con la oreja perforada, un intelectual interesado en la vida práctica de los sujetos marginados, en su novia (nuestra primera fan), en la música, y en su bajo. Éramos un *collage* no intencionado y “Los Matildos” le hacía honor a esa naturaleza.

\*

Patti Smith nunca tocó guitarra. De hecho, en el documental no solo nos dice abiertamente que nunca fue muy buena amaestrándola sino que Sam Shepard, actor, dramaturgo, director pero no un músico, le da una breve sesión de clase de guitarra. En la misma entrevista en que admite sus torpezas y confiesa su entusiasmo por el éxito o la efectividad en la comunicación, le piden que toque una canción: luego de explicarles esta breve y poco profunda relación con la guitarra, anuncia que la canción que tocará esa velada solo tiene un acorde. Es, simplemente, perfecto. Fabulosa, como siempre.

De repente, un mar verde me desbalancea.

Ajá.

No tengo que hacerlo. No tengo que tocarla ya. No pasa nada. Esto no es una metáfora. La guitarra no es una metáfora. Sigo sentada en el intento de *split*, despego mi mirada de la libreta en mi entrepierna y la giro. Miro la guitarra. La miro con sospecha, la enfoco. Le hablo.

—¿Qué haces?

Ella no responde.

—Mi relación contigo no es una metáfora para mi vida.

Ella no responde.

–No pasa nada. Si te toco ya, no me vas a cambiar la estructura, no me vas a cambiar el deseo. Me vas a alegrar el momento, me vas a dar dicha, le vas a dar sentido a mi día, pero más allá de eso, nada va a pasar. No pasa nada. Solo por tocarte, o por no hacerlo, no estoy persiguiendo o dejando de perseguir nada. Nada pasa, y me contento con que estés siempre aquí. No eres una metáfora.

La guitarra entiende y se queda pensativa.

Mi deseo primordial no es ser una u otra cosa en especial, sino poder ganarme la vida haciendo algo que me gusta, algo que me motive a desarrollarme en ello. Jamás pude estudiar música (y no tengo el tiempo ahora para hacer un gran giro de vida, un cambio de planes que, además, ni siquiera deseo). Culpo a mi padre por no obligarme a sacar adelante las clases (así me ayudara), así mi profesor y sus ejercicios clásicos de guitarra me aburrieran tanto que me ponía a ver *Los Reyes* en la mitad de la sesión. Lo culpo por no someterme, pero igual rodearme con música por todo lado, por haberme criado con tempos, con ritmos, con sonidos y afinaciones, por haberme dado una vida alrededor de la música, la vida más bella, por derramarla frente a mí, un tacto imperceptible separándonos a la música y a mí, sin yo poder tocarla. *Puedes disfrutar todo lo que quieras, pero no puedes tocarla.* Sólo dime cómo hacerlo, Pa, sólo dime cómo tocarla, le pedía. Y él me enseñaba, él escuchaba la canción que yo quería aprender y me la enseñaba en el piano. Solo me tocaba practicarla.

Lo culpo por no haberme transferido la disciplina y el deseo, así fuera por ósmosis, de sacar esa puntada, esa melodía, esa coordinación o ese solo perfectos.

¿No tocar guitarra fue alguna vez un impedimento para Patti en su empresa musical, en su empresa de ser lo que se le diera la gana ser? Tal vez le habría aumentado ese ímpetu interior, el estallido interior rocanrolero, el haber sacado un solo en la guitarra. Pero como con la droga, no sabría decir. Puede que alguna vez Patti lo haya deseado, así como cuando yo vuelvo a desear tener la banda (pero esta vez con la virtud guitarrística de un Dios) y coger esa guitarra eléctrica y mandarme esas punteadas perfectas en medio de una improvisación que me envíen hasta el Cementerio Central petrificada en posición de infinita intensidad. Pero el no haber entrado en contacto con esa experiencia sensorial específica me invitó, me obligó a tener otras. E imagino que a ella le habrá podido pasar igual. Ah, Patti, ¿dónde vive ese solo, por dónde transpira el trance si

no sabemos tocar la guitarra? No lo sé, nuestros cuerpos tal vez nos lo dicen en cada caso, a ti y a mí.

No importa, nunca ha importado, realmente, el no poder tocarla. Es un deseo frustrado en el sentido más inofensivo de la expresión, es simplemente algo que permanecerá en mi imaginación para siempre, es una imagen, un video que puede reproducirse varias veces en mi mente (yo, sudada, con el pelo mojado y dándole latigazos dóciles a la parte más aguda de la guitarra, tal vez sin camiseta, quién sabe, brincando en el escenario, todo puede pasar si es una fantasía), pero algo que, en la realidad, nunca tendría ninguna contundencia, así mejore, así coja la guitarra y la rasgue tontamente, intuitivamente. No es mi pasión, nunca lo fue.

Me deshago de la idea de tener que tocarla ya, de tener que amaestrarla algún día. Finalmente me deshago, y el mar verde que me había sacudido empapa todo mi cuarto. Volteo a mirarla de nuevo. Sigue quieta, sigue mirándome, tiene unas manchas que me lo dicen. Sus nuevos ojos. Son esas manchas que sin ningún esfuerzo dan con un rostro humano. Después de un rato, después de meditar, decide hablarme.

–Solo no me pongas acá frente a tu cama, que me aburro. Si vas a dejarme quieta ponme para ver la montaña, y así las dos somos felices. No me ves como una obligación terminante cada vez que te levantas, y yo no tengo que verte en bola todas las mañanas. Yo me contento con estar. Cámbiame las cuerdas de vez en cuando, es mi última petición.

Me limpio las lágrimas y los mocos de la cara, como un bebé.

Creo que ya puedo zafarme de esta posición. Miro al piso descolocada, buscando el suelo, buscando algo que hacer, a dónde ir. Solo puedo levantarme lentamente. Una vez de pie, ya veré como manejo.

## 3

**Soy un cuervo negro**  
**Que vuela en un cielo azul**

\*

Para el momento en que teníamos toques (y por toques me refiero a la reproducción de canciones en vivo tanto originales como los *covers* que teníamos montados en las salas de nuestras casas o en la terraza comunal de algún edificio), había dos constantes. La primera constante era que MK ya sabía que las canciones eran sobre él y aprovechaba cada oportunidad que tuviera para no vernos, para amagar el hacer presencia viniendo al toque, yéndose apenas la música empezaba, y volviendo una vez hubiéramos acabado (algún amigo de su Búnker, así le decían al grupo de amigos, seguramente le proveía esa información como si fueran una red de inteligencia).

Yo había parado de buscarlo desde que, en una fiesta en mi casa, cerró la puerta del cuarto de mi hermana con violencia (así yo hubiera puesto el pie en el marco) para participar de relaciones sexuales con la muchacha de la noche, hizo llorar a mi hermana, y salió corriendo como un lobo atormentado. Pero, digamos que eso ya fue, como dicen, tocar el fondo, ya fue llegar a lo más bajo. Tal vez, es una idea, tal vez me hubiera podido ir antes, cómo saber. (Más tarde me pediría perdón en aún otra fiesta en mi casa –“hay cosas que no cambian” pero que deberían cambiar, como el dejar entrar a alguien que desempolvó sus interiores en la casa de una, y la frecuencia de las fiestas, del forro– y me diría que no ha dormido en tres meses arrepintiéndose por todo lo que me ha hecho. *No te preocupes, yo no duermo hace un año y todo lo que me has hecho me lo hice yo a mí misma también. Gracias, adiós*).

La segunda constante era que yo estaba montada en una sola convicción: “la banda es mi futuro, la banda es mi arranque, es mi plataforma para proponer conversaciones, para hablar sobre las cosas, para engendrar bolas de fuego”.

Nos iba bien, no solo a nuestros amigos les gustaba la música, y a nuestras familias por supuesto (salvo a mi papá, el hombre que no recocha), sino que habíamos empezado a conocer gente a cuenta de ella, gente nueva que se había sentido persuadida a pararnos bolas. Yo, aunque no quisiera admitirlo y en el momento no lo habría pensado, estaba hecha una torre de ego.

*I tried to run away myself*

*To run away and wrestle with my ego  
 And with this flame  
 You put here in this Eskimo  
 In this hitcher  
 In this prisoner*

*Coyote.* Joni Mitchell.

Había algo en las experiencias que me atropellaron que me hacía sentir fuerte, con poder. Había algo en el estar rodeada de hombres que me daba vitalidad, me reafirmaba como ser humano, había algo en esa fama *chiviada*, de segunda mano, una fama confundida con simple popularidad entre grupos sociales y amigos, que me hacía sentir irrepetible, singular. Nunca hubo ni habría otra como yo. Por supuesto eran sensaciones que me contrariaban, me daban asco de cierta manera, pero un instinto innegable las disfrutaba.

*I'd rather have real arrogance than false humility.*

Joni Mitchell, en la entrevista para CBC con Jian Ghomeshi.

Tenía ganas de dispararme en vuelo con la banda, quería volvernos legendarios, era un proyecto de vida, era mi carrera y vocación. Y todos esos aires, esa sed desesperada, toda esa bolita de ansiedad se exteriorizaba en forma de humildad y modestia retorcidas. Mis agradecimientos a quienes nos felicitaban estaban siempre encaminados por los modales más que por la ética: “muchas gracias, de verdad me alegro mucho de que te guste, es lo mejor que le pueden decir a uno” cuando en mi cabeza palpitaba el “tiene sentido, las canciones son buenas”. La sed era tanta que me ahogaba en resequeidad, a veces se me cerraba la tráquea cuando iba a cantar y tenía que empujar desde otro lado para que la voz saliera, me sentía empujar desde mis bandas, desde mi ano, mis venas estaban a estallar, mis cuerdas vocales dolían, todo mi cuerpo intentaba forzar in nimio soplido de voz.

Era cuestión de tiempo que la banda se desintegrara. Esco y yo lo queríamos demasiado, y no escuchábamos. No escuchábamos lo que querían Fruz, Carrillo y Mendoza (y eso que Mendoza no era tímido en decir lo que pensaba), no escuchábamos sus gustos musicales ni considerábamos lo que sus gustos significaban, éramos muy rápidos en tildar “es que Fruz es más alternativo”, no sabíamos cuáles eran las motivaciones de ellos para estar en la banda y partíamos de la base de

que todos querían lo mismo que nosotros: crecer, alcanzar más gente, tener más toques. Fama, supongo. (Qué va a ser la fama un negocio lujoso, un desastre contenido, es lo que debe ser. Lo mismo que la linterna de un policía recorriendo la mirada de un borracho. Un alcoholímetro vomitado.

*Fame is a series of misunderstandings surrounding a name.*

Joni Mitchell, en la entrevista para CBC con Jian Ghomeshi).

Resultaba que Fruz y Carrillo se contentaban simplemente con estar (como mi guitarra ahora), ellos querían cantar la vida, seguir ensayando todos los jueves, gozarse los toques cuando hubiera, forjar amistad. Mendoza quería ser un virtuoso cantante y guitarrista metalero que destellara en una sola perfección, estoy segura de que su actividad favorita era verse en el espejo y dedicarse canciones. Incluso hasta masturbarse después, con *Oops I Did it Again* sonando en el fondo.

No estábamos en la misma página. Sobre todo, Esco y yo queríamos todo *ya*. Qué iba a ser ese un ambiente para hacer música, para gozar la sincronía. Pero era la primera vez en mi vida que tenía arbitraje sobre algo, así lo sentía al menos, era la primera vez que podía llamar a algo “mío”, así fuera colectivo, y pensaba que defender lo “mío” era estar dispuesta a entrar en conflicto con los otros miembros de la banda. Pensaba que era el miedo al conflicto lo que había hecho que yo abriera las puertas, con energía y entusiasmo, para que me pisotearan, para que socavaran mi dignidad, como lo había permitido anteriores veces, y pensaba que ese miedo al conflicto era tan poderoso que incluso, ya abiertas las puertas, yo era capaz de hacer de portera, de vigilante, mientras veía y protegía a mis intrusos en mi propio deshacimiento.

Mi lógica del momento, fruto del cálculo empírico que había hecho, desmedida, descontrolada y con ganas de ver resultados rápido, me empeñaba en no evadir el conflicto: “hay veces hay que defender lo de uno y eso está bien”. Pero más que evadir el conflicto, yo lo buscaba. Quería probarme que, sí quería, podía pelear. A veces no era necesario pelear, a veces no era necesario defender nada, a veces solo era justo escuchar, parar bolas, detenerse. Necesitaba tomar agua, necesitaba vivir la paciencia, saber qué era, calmarme, disfrutar.

Entonces tomé agua por dos años. Me metí en el teatro y me distancié paulatinamente de las garrafas rebosantes de alcohol, de la gente nueva, me alejé de hablar tanto, de escucharme sólo

a mí, de los audífonos ensordecedores por la séptima –que además ya me habían causado algún daño o pérdida auricular (aparentemente una no es invencible)–, me alejé de arreglar hasta las más lejanas esquinas de mi apartamento para aparentar un hogar en el que no habían entrado cerca de ochenta personas para asistir a un concierto acústico la noche anterior, me alejé de las canciones y de la autoría, me alejé de cualquier tipo de autoría o genialidad, la banda se descompuso y me puse a escuchar.

Eso era lo único que tenía que hacer en teatro, escuchar, ver, sentir, aprehender. Escuchar al compañero en escena, si es que estábamos en escena, y si no estábamos (que era lo más común), escuchar a mi profesor, escuchar a mis compañeros cuando presentaban algo, pararles bolas, verlos en su entereza, leer una obra de teatro, escuchar al dramaturgo, a la autora: ¿qué querían decir?, ¿qué significaba esto o lo otro?, ¿qué, realmente, significaba? Entender lo que era escuchar, realmente escuchar: eso era lo único que tenía que hacer.

\*

Si no hubiera escuchado, si no hubiera tomado agua, si no hubiera mutado de una expresión artística a otra, no habría llegado aquí, hoy, esta noche, a encontrarme con *Hejira*.

La canción, en este momento, me narra. No estoy en movimiento, en movimiento físico, no estoy en un café o en un carro, habito mi cuarto y estoy en un vehículo que es mi cuerpo. Y él, mi cuerpo, parece, nunca ha parado de moverse.

*I'm traveling in some vehicle  
I'm sitting in some cafe  
A defector from the petty wars  
That shell shocked love away*

*There's comfort in melancholy  
When there's no need to explain  
It's just as natural as the weather  
In this moody sky today*

*In our possessive coupling  
So much could not be expressed*

*So now I am returning to myself  
These things that you and I suppressed*

*I see something of myself in everyone  
Just at this moment of the world  
As snow gathers like bolts of lace  
Waltzing on a ballroom girl*

*You know it never has been easy  
Whether you do or you do not resign  
Whether you travel the breadth of  
extremities  
Or stick to some straighter line...*

Antes que una canción de Joni Mitchell, *hejira* es la transliteración de una palabra árabe (que en árabe es *hijra*). Significa viaje. El álbum *Hejira*, sobre su tiempo, su viaje en la carretera



con el *Rolling Thunder Revue*, fue nombrado tras la canción —e imagino que por lo que significa la palabra—.

Joni Mitchell es mona, de un rubio casi sueco, escandinavo, de esos tonos que no se ven afectados por el clima, sino que siempre mantienen fieles a su brillo. Tiene los ojos azules y unos pómulos descomunales, es como si le partieran la cara en dos: arriba están los ojos, azules bien azules, rodeados por las pestañas diminutas y las cejas, transparentes y destellantes (yo, que comparto la desafortunada blancura con Joni, puedo dar cuenta de lo inefectivo que es: nos quemamos, las pestañas immaculadas no filtran la luz, la rojez es más notoria), y abajo está la boca, con el labio superior definitivamente dominante, de esos labios que cubren una dentadura grande y arqueada, y que por eso carecen a veces de movilidad. El labio inferior de Joni es el que hace todo el trabajo al hablar. Yo creo que todo es culpa de esos pómulos.

Es demasiado perfecta, es demasiado inteligente, demasiado innovadora, es demasiado bonita, ha envejecido demasiado bien, sabe todo demasiado bien. Es angustiante. Es, en cierto sentido, imposible, *inmamable*, diría yo, porque en cada cosa que dice, en cada ángulo y mirada con que escoge ver un aspecto de la vida, de la música, del teatro, de las cuestiones de género (aunque ella nunca hable en esos términos y no se considere feminista), alrededor de veintiuna revoluciones en mi cuerpo se alebrestan, y esto es cada vez que abre la jeta. Simplemente, no puedo aguantar tanto, así no se puede. No se puede procesar tanto, son demasiadas epifanías para seguir camellando, para cumplir con horarios laborales, para poder escribir sobre ella. Las dimensiones de su persona son incalculables, y si encuentro difícil escribir, más aún lo encuentro escribir sobre ella.

(Como dice, escribir es difícil porque, sobre todo con la poesía, no se trata sólo de la materialización de algún dolor o punzadura, es el resultado de un proceso consciente, activo, mental, que trabaja sobre determinada emoción. De lo contrario, puede muy bien solo ser una queja. *Whining*, lo llama). Habrá una parte o versión de ella en alguna exégesis de la realidad que los seres racionales no podemos atravesar. Si Joni Mitchell fuera una imagen, sería la de un árbol en movimiento sobre las olas del mar atardecido. Un árbol-barco. Un árbol-sol, un cuervo negro que vuela en el cielo azul. Esto es todo lo que puedo decir de su inmensidad.

Claro, lo sé, Joni, sé que si supieras que estoy escribiendo sobre ti y leyeras esto, no solo te parecería cursi y te reirías, sino que dirías que es inadecuado, que no es verdad, que no eres esa deidad, no eres esa *hippie chick* de los setenta porque ni siquiera eras afín a los valores del hipismo,

*(Free love? We were in this misguided notion of free love, which was really a joke [...] I mean, we went through a complex social upheaval and I was at the heart of it as the rhetoric ran hollow, I was not an anarchist, you know, there was no free love, it came with great strings attached, you know. It was free for men but not for women. The same as it ever was).*

Entrevista a Joni Mitchell. <https://www.youtube.com/watch?v=QIO-Su7hKzQ>

Y me dirías que de nada sirve endiosar a una persona si no nos vamos a reconocer en ella. Tu música no es nada si no comunica, y la única manera en que podría comunicar es si la persona que oye, no sé... la canción que escribiste sobre tener que dar en adopción a tu hija por no tener un centavo y teniendo que lidiar con un hombre que se desentendió del asunto, *Little Green*, si la persona que la oye no se encuentra con algo de ella misma, si no aprende algo sobre ella, entonces la comunicación no estuvo y apague y vámonos. E incluso si esa persona, esa, ese oyente nunca hubiera si quiera vivido la misma situación, aún así, hay algo en el lenguaje, en tu lenguaje y en la orbe de la artificialidad, del juego con letra, la palabra y la acción que hace que nos enfrentemos con universales. ¿Dónde están esos universales?, ¿en qué momento nos encontramos todos?, ¿en qué lugar nos reunimos todos, en qué mismo lugar nos reconocemos las caras?

*The trick is, if you listen to that music and you see me, you're not getting anything out of it, if you listen to that music and you see yourself, it'll probably make you cry and you'll learn something about yourself and now you're getting something out of it.*

Joni Mitchell, en la entrevista para CBC con Jian Ghomeshi.

Yo no estaba lista, no podía estar lista, para continuar un proyecto musical serio. En primer lugar, porque no me lo tomaba seriamente, no me interesaba por estudiar la música y entender el mundo de tecnicidad involucrado en la producción de una canción, sino que ni siquiera me había sometido al proceso de cuestionar o pensar –más allá de endiosar– la musicalidad ¿musicología? de las canciones que escuchaba.

Hacía y escuchaba música, sí, con bastante euforia, pero partiendo de su base, pensando que las estructuras musicales estaban dadas, sin cuestionarlas, sin querer entender algo tan simple como por qué los riffs de guitarra son de cierta manera, por qué las progresiones siempre son iguales o por qué es tan abundante la repetición de ciertos acordes. “Es rock, es subversivo”, mi

escudo inescrutable que me protegía de todos los flancos: si alguna crítica le llegaba a la música que escuchaba, primero, mi reacción era: “débil, apuesto a que escucha Taylor Swift, blanda y sin sal”, y segundo, mi argumento primordial “es que es subversivo”. ¿Sí, qué tanto?

Si sólo atendía el aspecto lírico de las canciones y me conformaba con el primer ritmo pesado que se me atravesara, nunca iba a poder trascender el marco formal que me imponía la música, marco que necesariamente afectaba lo que yo quería decir, mi contenido. Siempre habría estado preparada para hacer la misma canción, y siempre me habría ofendido o sentido incomprendida cuando alguien me dijera, “hm, simple”. *No, es que no escuchaste.*

Subversivo es que Joni afine la guitarra de una manera no estandarizada, tanto así que nadie entienda cuáles acordes son los que está tocando:

*In 1976 Joni Mitchell played Coyote at The Band's farewell concert The Last Waltz. There was very limited rehearsal time due to the cast of thousands that participated in that concert. John Simon, who served as the musical director for The Last Waltz, remembers: "the chords she played on the guitar were not standard. The guys would look at her left hand and go, 'what?' I remember this one quote from her: I said 'What's that chord?' and she said 'I don't know the name of it. I tune my guitar this way, to make myself stupid', in other words to not fall into predetermined patterns. I had to figure out what the chords were, then figure out some way for the guys to play something that meshed with her".*

Artículo virtual sobre Joni Mitchell: *Story Behind the Song: Coyote, by Joni Mitchell*  
<https://musicaficionado.blog/2016/05/30/coyote-by-joni-mitchell/>

Esa sutileza, ese compromiso, esa contundencia con la que puso patas arriba al mundo – masculino– de la música, y de la manera menos escandalosa posible, *eso*, yo no estaría entendiéndolo hoy, de no ser por que cada cosa en mi vida pasó exactamente como pasó.

Quiero decir, si Trivago no me hubiera mencionado a Joan Baez (o a Bob Dylan, incluso) y le hubiera otorgado tan minúscula importancia, si Trivago no hubiera sido un desespero con megáfono, si no me hubiera obligado (bajo la falsa ilusión de mi consentimiento) a verlo, a oírlo tocar su guitarra durante largas horas en la esquina de la cama mientras yo posaba como una sirena en la parte superior (secretamente aburrída como un cabro esperando a ser ejecutado), si no me hubiera aleccionado con todo su Hank Williams, su Johnny Cash, y su “la mujer es noble y tú lo eres más”, no habría podido apreciar esta canción como lo hago:

*I had a king dressed in drip-dry and  
paisley*

*Lately he's taken to saying I'm crazy and  
blind*

*He lives in another time  
Ladies in gingham still blush  
While he sings them of wars and wine  
But I in my leather and lace  
I can never become that kind*

*I can't go back there anymore  
You know my keys won't fit the door  
You know my thoughts don't fit the man  
They never can*

*I Had a King. Joni Mitchell.*

Si no hubiera conocido a MK, si no me hubiera sacado corriendo del miedo, si él no me hubiera enfrentado con una cara mía que yo no conocía y que me aterrorizó, esta frase sería algo distinto:

*Oh, I am a lonely painter  
I live in a box of paints  
I'm frightened by the devil  
And I'm drawn to those ones that ain't afraid*

*A Case of You. Joni Mitchell.*

Si no hubiera sido ese niño inmaduro y quejumbroso, esa víctima disfrazada de toro con necesidad desesperante de que alguna constelación entera se fijara, se volcara toda en él a darle leche, si yo no me hubiera encontrado tan atraída por eso, por MK, si yo hubiera hecho más, si me hubiera parado en alguna raya, en cualquier raya para delimitar lo mío y lo que no se toca, *A Strange Boy* me narraría otra historia:

*What a strange, strange boy  
He still lives with his family  
Even the war and the navy  
Couldn't bring him to maturity*

*He keeps referring back to school days  
And clinging to his child  
Fidgeting and bullied  
His crazy wisdom holding onto something  
wild  
He asked me to be patient  
Well I failed  
"Grow up, " I cried*

*And as, the smoke was clearing, he said  
"Give me one good reason why"*

*What a strange, strange boy  
He sees the cars as sets of waves  
Sequences of mass and space  
He sees the damage in my face*

[...]

*What a strange, strange, boy  
I gave him clothes and jewelry  
I gave him my warm body  
I gave him power over me*

Puedo continuar, puedo ofrecer una infinidad de ejemplos que expliquen una idea que es evidente: que cada evento que sucede en la vida, por pequeño que sea, transforma de manera inevitable, a veces imperceptible, el acontecer futuro. Que a partir de nuestras vivencias entendemos categorías, conceptos, universales. A partir de nuestras vivencias nos reconocemos, nos encontramos.

Ha sido difícil querer a Joni. Es muy rara, su música es rara, no viene gratis el afinar la guitarra de una manera no estandarizada, no viene gratis el que lo que uno haga no tenga nombre. Ella sabe que usa demasiados acordes dominantes suspendidos, acordes SUS (*SUS chords*), ella sabe que eso no es normal, es más, Wayne Shorter le instruyó que no debía transgredir las leyes sagradas de los acordes SUS, a lo que ella dijo:

*I think because men need to solve things and come to conclusions, the SUS chord –there’s a law that Wayne Shorter told me: never stay on a SUS chord too long, never go from a SUS chord to a SUS chord. Well, I know that I’m going from a SUS chord to a SUS chord to a SUS chord, you know, chords of inquiry, because my life is full of questions: When are they gonna drop the big one? Where is my daughter? You know, there were so many unresolved things in me that those chords suited me. I’d stay in unresolved emotionality for days and days, so, here’s a depiction, why can’t you go three chords unresolved? And then, when you hit a major, or even a minor in the progression, you know, boom, there’s quite a dramatic change coming out of that resolution. And I hadn’t heard chords put quite that way before. “These are Joni’s weird chords”, everybody’d say. “The martians are here”, you know, when David Crosby would pick up a guitar that I just touched he’d [strum it and say] “oh, the martians are here!*

Entrevista a Joni Mitchell. <https://www.youtube.com/watch?v=OIO-Su7hKzQ>

Lo que quiere decir esto –además de que Joni Mitchell es capaz de seguir una intuición, una convicción así implique decirle a una máxima de la historia, luego de estudiarla y echarle cabeza, “eh, creo que no”– es que su música no suena como nada a lo que estamos acostumbrados. Su música contraviene las reglas de la belleza: instaura otra. Es difícil hacer un pacto con esa belleza, al menos yo casi no insisto en adentrarme en ella de no haber sido por mi investigación. Es difícil entender qué está pasando, es difícil establecer patrones (el alimento de mi cerebro).

Una vez entiendo los patrones, acepto la canción. Una vez acepto la canción, se me viene encima esa avalancha de epifanías –que no creo que pueda soportar demasiado tiempo, a veces con un reguetón el silencio indeseado se compone–. Entender su belleza, extenderme a sus formas

horizontales de ver la música, me contesta esa pregunta fundamental, esa pregunta que no he entendido y que no puedo resolver sino escribiendo:

¿Quién soy a cuenta de lo que he escuchado?, ¿cómo me adecuó ese universo, ese único universo que conocí?

Trivago hoy triunfa en el mundo con una cuenta de Twitter *verificada*, tiene casi que tanta influencia como Donald Trump, educando a sus seguidores sobre la política del país, Chopin, Woody Guthrie, y toda la historia masculina de la música. MK intenta lidiar con su alcoholismo, adicción a la cocaína y desorden de personalidad límite con más Eskorbuto, más Platero y tú, más Extremoduro.

Trivago me escribe por el cumpleaños, o cuando los “tiempos de incertidumbre” atraviesan la vida y pone en uso su mejor lenguaje:

–Qué tiempos tan desafortunados los que estamos viviendo–, me dice tras contarme una situación completamente singular y personal. Me escribe pidiendo idolatría, diciéndome que alguna vez me conoció, sujetándose aún a un imaginario romántico de *chick flick* trasnochado, tal vez no sabe que los procesos del mundo implican cambio porque nunca ha roto su cascarón, nunca ha cambiado su lenguaje, pero yo ya no sé idolatrarlo.

*I can't go back there anymore  
You know my keys won't fit the door  
You know my thoughts don't fit the man  
They never can*

*I Had a King. Joni Mitchell.*

MK me contesta de vez en cuando a las historias del Instagram, hace poco subí información sobre una obra de teatro que habla de la infancia, de la niñez. MK, desnudándose ante mí sin ninguna razón aparente, como si estuviera intentando hacer las paces con el niño que es, me contesta: “La inocencia lo es todo; y eso es lo que perdemos cuando crecemos. Moldeamos nuestra vida a partir de experiencias, vivencias e ideas, pero perdemos la autenticidad y la inocencia”.

(Espero que todo mejore para ti, MK).

De ambos no puedo decir nada diferente a

*Even the war and the navy  
 Couldn't bring him to maturity*

*A Strange Boy.* Joni Mitchell.

Tal vez diría que fueron precisamente la armada y la marina las que les aumentaron la inmadurez, las que apagaron sus deseos y motivaciones.

Fui tantas cosas. Quise ser tantas otras más. No creo poderla resolver todavía, la pregunta –qué soy–. Definitivamente quise ser un hombre, quise ser una musa, quise ser el primer genio, creador, el único, el hombre en bola nunca antes visto, quise romper botellas o incendiar establecimientos porque sí, y la música que escuché a lo largo de mi vida, el mundo que me compuso tuvo todo que ver con eso. Quise ser todos los estereotipos de los que estaba hecho mi mundo, pero mi mundo era un zoológico de cristal, si se me permite la referencia. Tal vez lo es todavía, y siempre lo será si es que sigo rompiendo cáscaras, quebrando cristales.

Los deseos irreconciliables de querer negociar como hombre, escribir, sentir, caminar y hablar como hombre, cantar *con la picha por afuera*, se asentaron y se afirmaron como realidades cuando me vi rodeada de amigos, cuando sentí, por fin, que era *una más*: “tú puedes ser un hombre. ¿No estás entre ellos?, ¿no estás haciendo lo mismo que ellos?”. Por supuesto, la timidez y el miedo, el *Strange Boy* que brotaba en ese intento de masculinizarme siempre me hacía sentir descolocada, como si hubiera algo impostado en mi desfile, algo que trataba demasiado, algo que forzaba demasiado: una fuerza totalizante que le temía, que suprimía a Matisita. Era el temor de que ese cuerpo maquinal desposeído de cualquier impulso volitivo volviera a resurgir, como si no hubiera estado siempre, como si pudiera pretender que ejerciendo una fuerza obliterante sobre ella la habría hecho desvanecer en lugar de intensificarse. Era tan fácil como invitarla a la comparsa y desfilar con todas las que fui, porque ni había sido sólo ese intento de hombre ni había sido solo Matisita. Ni siquiera había sido sólo las dos.

Fuimos tantas a la vez, Joni, Patti, Joan, yo. Éramos todo eso que pasó entre lo que en un principio quisimos ser y no nos dejaron o finalmente ni siquiera terminamos queriendo después de todo. Nunca fui una, así me esforzara con toda contundencia por ceñirme a una identidad, la que fuera, la de turno. La historia no ha cambiado, ni la de ellas ni la mía. Pero ahora puedo recordarla,





batiendo sus dos látigos para avanzar. Podría ser Joni, o su espíritu si estuviera muerta. Pero no lo está. Está viva, yo estoy viva, el cuervo está vivo.

El insecto podría ser yo, si fuera desde la perspectiva del cuervo que se escriben estas palabras.

Ya, yo soy el cuervo. Y el cuervo es conmigo, y somos juntos. Una cosita de nada.

*In a highway service station  
Over the month of June  
Was a photograph of the earth  
Taken coming back from the moon  
And you couldn't see a city  
On that marbled bowling ball  
Or a forest or a highway  
Or me here, least of all*

*Refuge of the Roads. Joni Mitchell.*